Gonzalo Maier

minúscula 

Material rodante

Gonzalo Maier (Talcahuano, 1981) es un escritor chileno. Sus textos han aparecido en varios medios latinoamericanos y en 2011 publicó la novela breve *Leyendo a Vila-Matas*. Vive en Holanda.



MATERIAL RODANTE

Paisajes narrados, 58

Gonzalo Maier

Material rodante

editorial minúscula
BARCELONA

Sociedad unipersonal
Av. República Argentina, 163 - 08023 Barcelona
minuscula@editorialminuscula.com
www.editorialminuscula.com

Primera edición: mayo de 2015

Diseño gráfico: Pepe Far
Fotografía de la cubierta: © Dieter Meyrl

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona
Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-943539-3-2
Depósito legal: B-11.921-2015

Printed in Spain

La aventura es señal de incompetencia

Roald Amundsen

El deporte es para optimistas. Supongo que a los niños les repiten eso apenas se inician en el fútbol o, por decir algo elegante, en la esgrima. Basta con prender la tele y ver a dos tipos corriendo tras una pelota, o a un húngaro flacuchento intentando nadar más rápido que Michael Phelps, para convencerse de que el deporte es la culminación última y delirante de cualquier forma de inocencia y amor propio.

El asunto, más allá de una improvisada meditación deportiva, es que últimamente llego tarde a todas partes. Durante las mañanas, por ejemplo, me pillo corriendo detrás del tren en el que voy al trabajo. Es ridículo y agotador. Por más que intente lo contrario, llego a la estación, le echo un vistazo rápido al reloj y, con resignación, me repito que llegado a ese punto todo se trata de estar en forma y de

intentarlo con más ganas. Y sin saber muy bien cómo, ya estoy corriendo una vez más, tratando de subir volando por las escaleras, saltando de a tres peldaños en tres peldaños, pasando entremedio de esa gente que nunca tiene ningún apuro, que misteriosamente siempre llega a tiempo.

El optimismo, sobre todo en momentos como esos, parece un simple efecto colateral de las endorfinas: seguro que el conductor esperará, me digo. Y la próxima vez sí que me levantaré más temprano, sin duda, pero en ese instante, por quincuagésima vez y pese a la evidencia, me convenzo de que falta solo un paso más, otro más.

La niña que hoy revisaba los boletos era hermosa y estricta. Además tenía los ojos grandes y los abrió mucho cuando pidió que le mostrara mi tarjeta de descuento. Los puso así, como dos huevos fritos. En ese momento, cuando tuve que buscar torpemente el pedazo de papel dentro de la billetera, no supe muy bien cómo interpretarlo, pero ahora me doy cuenta de que he gastado casi todo el viaje pensando en su curiosa petición.

O tal vez solo en ella.

Apostaría a que es nueva. A fin de cuentas la rigidez —casi en cualquier cosa— es propia de los debutantes. De seguro en la Academia de Cortadores de Boletos aprendió que los pasajes con descuento debían ser confirmados y quiso confirmar el mío. Claro que por un momento, cuando estuvo allí al frente con su uniforme gris, a diez o quince centímetros de mis narices, no caí en cuenta de que era una revisora. Durante ese par de segundos que siempre se hacen muy largos, creí que me diría otra cosa, que la conocía de alguna parte, que se sentaría a mi lado, que los viajes efectivamente ofrecen vidas paralelas, oportunidades únicas que no se darán en otras partes.

En los viajes, por más que los haya repetido mil veces, uno siempre esconde la fantasía de que no solo el paisaje será nuevo, sino la gente y en una de esas uno mismo. Que por estar en Moscú o en Puerto Saavedra se descubrirán verdades inmensas que en general no se ven por culpa de un vecino insoportable o porque el camino que tomamos cada día para ir al trabajo es tan aburrido como el béisbol.

Al final nunca es así, pero los viajes ofrecen esperanza y supongo que por eso hay tanto adicto a armar las maletas y salir corriendo. De hecho, quizá no haya literatura más fantástica y optimista que la publicada por Lonely Planet. En todo caso, ahora que el tren avanza por una pequeña ciudad llamada Oss, me digo que lo curioso de este recorrido, su principal gracia, es que no hay novedad. Es siempre igual. Calcado. Pasan años, presidentes, guerras y cortes de pelo, pero este viaje que repito todas las semanas, desde hace ya un par de años, es siempre el mismo. No hay paisajes ni países nuevos, pero en cualquier detalle, por mínimo que sea, incluso en la sonrisa falsa de la revisora de boletos, sigue intacta la posibilidad de romper la costumbre, lo normal. En otras palabras, de salir realmente de viaje.

Al comienzo no me atrevía a abrir las puertas. No sabía cómo hacerlo. Me quedaba allá atrás, en medio del pasillo, y cuando el tren estaba a punto de detenerse, aprovechaba para estirar el cuello y memorizar cómo se hacía. Claro que no había misterios ni la más mínima ciencia: era una puerta común y

corriente. Pero yo era tan porfiado como un aprendiz de taichi y durante meses me quedé siempre al fondo, preparando la imitación perfecta. Por eso hoy, cuando encuentro turistas que dudan frente a las puertas cerradas, me acerco y las abro con un orgullo idiota, un poco como el dueño de casa que les muestra a sus invitados la remodelación del baño.

En un ensayo acuoso y con olor a humedad, Joseph Brodsky decía que el mimetismo es la moneda más preciada de todo viajero. Durante su primera estancia en Venecia, ciudad a la que volvería todos los años y en la que más tarde sería enterrado —y ser enterrado en Venecia es más o menos como no ser enterrado—, iba vestido como él creía que se vestían los italianos. Es decir, en blanco y negro, como en las películas de Antonioni. Idealmente con el pelo bien engominado y con un cigarro MS colgando de los labios con calma y parsimonia.

Mientras afuera el campo se acostumbra a la primavera, me autoevalúo a ver cuánto me mimetizo y qué película trato de representar. Pero después de pocos minutos me parece que la de Brodsky no

es una pregunta para mí. A fin de cuentas este no es un viaje hacia un destino desconocido, sino la repetición de uno. O en el mejor de los casos un viaje en capítulos interminables que se inicia en un país y termina en otro, un viaje que en realidad parece un mantra lento y extranjero como esos que repiten por las mañanas las monjas que están en un monasterio cerca de Limache.

El punto de partida es Lovaina (Leuven en holandés y Louvain en francés), una vieja ciudad universitaria de monjas y curas que está casi en el centro de Bélgica, y el punto de llegada es Nimega (Nijmegen), la capital jipi de Holanda. Son 180 kilómetros que he recorrido más o menos trescientas setenta y seis veces, en un sentido y en otro, y todavía no se me ocurre qué marca de cigarros comprar o qué chaqueta escoger para pasar desapercibido. Aunque lo más probable es que la respuesta para tanta indecisión esté en otra parte.

Decía Cees Nooteboom, el escritor holandés, que su Japón es un Japón de libros. Uno que fue construyendo en su cabeza gracias a películas, a fotos, a novelas y al siempre generoso paso del tiempo.

Un Japón, por cierto, que tal vez no tiene nada que ver con el Japón real, ese que se encuentra en las calles de Shibuya o de Sapporo, pero que mal que mal es su Japón.

Quizá con estos países planos pasa exactamente lo contrario. Mi Holanda no es una Holanda que haya descubierto leyendo novelas ni echado sobre las butacas de un cine, forjada como la imagen que cualquiera nacido en los años ochenta debe de tener —por decir algo evidente— de Nueva York, sino una Holanda estrictamente personal y privada. Una que me dedico a inventar arriba de un tren, aprendiendo a comer pan con queso gouda y a usar impermeables. Tal y como si este viaje fuera una novela. Una novela que no parece novela, tal como mi Holanda no se parece ni siquiera un poco a Holanda.

Como por las mañanas soy muy conservador, prefiero leer diarios. Si tuviera que explicarme diría que es una decisión práctica y concienzudamente pensada: son breves, baratos, fáciles de doblar, uno se entrena en esa lengua rara y hasta traen chistes. Pero quizá no sea más que una decisión sentimental

y romántica, un poco adolescente, anclada en el gusto por encontrar malas noticias —toda noticia bien lograda siempre será una mala noticia— o en el goce infinito de avanzar rápido las páginas y quedar con los dedos levemente manchados con tinta fresca. De chiripa uno se entera de qué hizo Lionel Messi durante el fin de semana o aprovecha los márgenes para garabatear una improvisada lista de supermercado.

En general, durante la mañana los vagones están llenos de diarios que los pasajeros han ido dejando más por las ganas de deshacerse de ellos que por haberlos olvidado. A buenas y primeras reconozco *De Pers*, *Metro*, algún *Le Soir* o *Volkskrant* dejado a su suerte y *Spits*. Este último en la portada de hoy lleva la foto de un par de conductores de la NS, es decir del mismo tren en el que escribo esto, fumando pitos con su uniforme azul en un oscuro *coffee shop* capitalino, muy cerca, dicen, de la estación central de Ámsterdam. En la imagen, que es particularmente borrosa, se ve a tres o cuatro tipos fumando durante un descanso y, según dice el pie de foto, antes de volver a manejar el tren. De repente lo único que

uno puede preguntarse —y tal vez es la única pregunta pertinente— es qué tanto conduce un conductor de tren. Una pregunta, por cierto, que me repito odiosamente cada vez que subo a un avión.

¿Cuánto pilotea un piloto?

Cuando uno pregunta este tipo de cosas tan pesadas, en una comida o en el cumpleaños de un amigo, más temprano que tarde alguien dice que los aviones, tal como el metro o los trenes, se manejan solos. Que es un computador el que lo hace todo y que el tipo que está parado en el primer vagón o en la cabina del piloto es un bueno para nada que confirma que todo esté en orden. Algo así como un inspector que controla a los niños que juegan en el patio del colegio. Hay algunos a los que esa explicación los tranquiliza. Tal vez han visto pocas películas o jamás han intentando imprimir algo —cualquier cosa— a última hora, confirmando cómo esa máquina infernal se niega caprichosamente a funcionar. A mí la opción del automatismo me deja helado, aterrado de viajar gracias a la voluntad de ceros y unos que huelen a WD40 y azufre. «No hay dudas —me dijo esa misma tarde mi amigo Carlos

cuando le comenté la noticia—, siempre será mejor que un tren huela a marihuana.»

Nos separaban solo quince metros y una ventana. Como no era gran cosa, aproveché para mirarla sin pudor ni vergüenza, de arriba abajo y sin creérmelo mucho: era una araucaria calcada a las que vi mil veces en los bosques del sur de Chile. Tenía las ramas como paraguas invertidos, apuntando hacia el cielo, pero el único detalle fuera de lugar —y en los detalles vive el diablo— es que el árbol no estaba en medio de un bosque en Coñaripe ni en una de esas tristes plazas de provincia, sino en Etten-Leur, una ciudad perdida en el interior de Holanda.

Una araucaria en Holanda. A mí me sonaba raro y exótico, como una historia forzada y un poco fantástica. Esa noche, cuando volví a casa, comí un sándwich de atún y me quedé pensando en las famélicas y ridículas posibilidades de que una araucaria llegara a cualquier otra parte que no fuera una ciudad medio despoblada del sur de Argentina o Chile. Quizá todo era obra de un exiliado nostálgico, me dije buscando una explicación, o de un amante algo

posmo de la jardinería, un tipo que tenía muchas ganas de brillar frente a sus vecinos.

Al rato, mientras lavaba los platos con las luces apagadas, dejando que únicamente los postes de allá afuera iluminaran la cocina, ignoraba que por primera vez no encontraría una buena respuesta en Google y que no sacaría nada con buscar y buscar entre páginas y foros de especialistas a ver si encontraba cómo fue que el árbol que sorprendía a los conquistadores españoles, el mismo que las machis usaban para sus guillatunes, terminó en el patio de una casa holandesa.

Entonces, cegado por una obsesión un poco ridícula —nunca he tenido mayor interés en los mapuches y, en general, las culturas (aborígenes o no) y los discursos nacionalistas me aburren tanto que corro el peligro de morir atorado a bostezos—, encargué tres libros de historia de la botánica por The Book Depository y me fui a dormir con la sensación absurda del deber cumplido.

De pronto, en la estación de Amberes, suben tres hombres vestidos con pantalones negros y cami-

setas rojas bien apretadas. Llevan el pelo corto y una pistola piñufla colgando del cinturón. Caminan con pompa y seguridad hasta llegar al fondo del vagón y se acercan a un viejito borracho que durante el viaje se ha negado —con muchas ganas, todo sea dicho— a mostrar su pasaje. «Nederlands, français, English, Deutsch?», le preguntan. El viejo les responde en francés y, aunque no logro escuchar una palabra, es evidente que los insulta a ellos y a todas sus generaciones (pasadas y venideras). Pero acá no hay moralejas: finalmente el señor no se levanta y se queda ahí, muy quieto, abrazando una lata de cerveza Jupiler.

El telón de fondo de este recorrido —y, en particular, de las estaciones donde paso de un tren a otro— es una suma de letreros plásticos y nombres de fantasía que terminan siendo familiares. El capitalismo y el neón, vistos con distancia, son una pareja perfecta —o al menos una de esas mediocres, pero fieles, que insisten y no se separan nunca. El catastro es el siguiente: en la estación de Lovaina hay tres locales de Pannos (café y *baguettes* para llevar), un kebab con luces de neón, un fotomatón

(cinco fotos tamaño pasaporte por cinco euros), un Einstein (café barato y medialunas mediocres), un 24 (diarios y revistas) y siete máquinas que venden dulces, una que ofrece pan de molde y poco más. En Malinas, que es la primera parada, hay otro Pannos, otro café Einstein, una máquina que vende más panes de molde, otro 24, dos locales de kebab que compiten frente a frente y seis máquinas que venden dulces. En la estación de Roosendal hay dos Kiosk (café, diarios y comida envasada), un kebab, cinco máquinas que venden dulces, un fotomatón y un gran restaurante cerrado desde quién sabe cuándo. En la de Nimega hay un Starbucks, un local de comida italiana, una florería, un Albert Heijn (versión *minimarket*), dos Kiosk, un The Record Shop (discos y devedés generalmente en oferta), una tienda de revistas, una panadería jipi, una perfumería, una casa de cambio, un carro que en la calle vende comida asiática para llevar y un quiosco muy grande con diarios y revistas.

Supongo que todas las generaciones, un poco más o un poco menos, creen inocentemente que la

suya será la última o la penúltima y que el planeta va directo al despeñadero. Para no llevar la contra, hoy venía pensando en eso mismo: en que el apocalipsis está a la vuelta de la esquina y que —como no podía ser de otro modo— nos tocó justo a nosotros.

La mejor prueba es que si uno mira con cuidado por la ventana, justo al borde de la línea del tren, verá un montón de pequeñas construcciones con palos de madera y lonas de plástico. Son casitas enclenques y livianas, hechas a la rápida, que se apiñan una al lado de la otra, entremedio de un montón de verduras y tierra recién arada. A primera vista uno las podría confundir con mediaguas, pero tras un segundo vistazo se revelan como viveros o bodegas improvisadas para guardar palas y rastrillos. A esos lugares en holandés se los llama *volkstuinen*, es decir, jardines populares, adonde los vecinos pueden ir a plantar lechugas, tomates o achicorias. El tren pasa muy rápido frente a ellos, así que me conformo con mirarlos tal como los girasoles, moviendo el cuello de un lado a otro. Muy pocas veces he logrado ver gente de rodillas, sacando papas o brócolis, pero al parecer son cada vez más populares y ese

crecimiento, creo, se condice con el ánimo apocalíptico de lo que va del siglo.

Tampoco me quiero desviar demasiado, pero de un tiempo a esta parte, por ejemplo, los libros de Henry David Thoreau han reaparecido con una fuerza insólita. En varios idiomas, y casi todos sus títulos, han vuelto a las imprentas más o menos desde que comenzó la crisis —siempre grave, pero nunca urgente— del capitalismo tardío. Es decir, más o menos hace cuatro o cinco años que Thoreau se sacudió el polvo y se transformó en un autor de cabecera para muchos inconformistas. De hecho, sobre estos asientos alguna vez leí una nueva traducción de *Walden*, un libro en el que Thoreau intenta confirmar que se puede vivir lejos del mundanal ruido y de un modo casi autosuficiente. Va y planta tomates, intercambia verduras, saca cuentas y sobrevive para contarlo. También, hace unos años, apareció una versión setentera de la idea, *Vida de zarigüeyas*, donde un padre y una hija relatan cómo vivieron con dignidad en algún pueblo de la costa oeste de Estados Unidos, pero siempre al margen del capitalismo. Cazaban, pescaban, arreglaban la casa y eran

felices gastando nada más que setecientos dólares al año, básicamente en la cuenta de la luz y el agua. O incluso esa sensación ambiente se huele en juegos de computador como *Minecraft*, en los que uno está tan solo como Robinson Crusoe y debe talar árboles y construir casas y, con un poco de suerte, toda una vida urbana para luego volver a desear el bosque.

Ejemplos como estos hay montones y si uno lo piensa con calma, que se llene de pequeños *volkstuinen* ahora que caen las bolsas y la bancarrota amenaza al mundo, se parece mucho al romanticismo alemán de hace casi trescientos años, en el que también pretendían una vuelta al campo y alejarse del cinismo de la gran ciudad. Frente a eso, claro, no es raro que vuelvan estos libros *anticiudades* y que se los lea con un aire de respetabilidad, como si la solución de todos los males, tal como en el cuento de Poe, hubiera estado siempre sobre la mesa.

Pero la idea de que todo tiempo pasado fue mejor y de que la naturaleza nos puede redimir suena un poco inocente. Alguna vez Clément Rosset contaba una anécdota que viene bastante a cuento: un hijo hereda la imprenta de su padre, una empresa

chica que imprimía carteles y letreros en algún suburbio de París. Poco después del funeral comienza a ordenar archivos viejos y polvorientos y encuentra un sobre que dice «no abrir». Él imagina quién sabe qué verdad escondida, quizá qué secreto. De seguro, una verdad atroz e iluminadora. Respetando la voluntad del padre, lo deja ahí mismo. Pero después de seis años, un día cualquiera, la curiosidad le ganó el último *round* y lo abrió. Adentro, para su sorpresa, no había más que pequeños moldes para imprimir letreros que decían, precisamente, «no abrir».

En fin, la conclusión es más o menos evidente y no sé si haya que poner las esperanzas en el campo, porque de seguro no encontraremos más que lechugas y repollos. Tal vez la internet de alta velocidad, la pasiflora en gotas y el acceso democrático al whisky irlandés sea un precio justo por vivir en un edificio mal tenido, con una aislación pobre y sin poder escapar de este tren que va de un lado a otro.

En Roosendaal, una de las máquinas que ofrecen chicles y caramelos se traga las monedas. No lo hace siempre, pero sí con la persistencia de los ca-

prichosos. Un día sí, otro no. Ya perdí plata dos veces y algunas tardes, porque la gente acude a ella sobre todo cuando se va la luz y llega el hambre, me dejo caer sobre esos asientos negros que están por ahí cerca y veo a mujeres y hombres zamarrear la máquina con la esperanza de que caiga cualquier cosa que recompense las monedas perdidas. Hay tardes en que mirar puntualmente ese espectáculo, desde un asiento metálico y frío, no es un mal modo de recuperar hasta el último céntimo.

Un ejemplo de fuego amigo: un día como hoy, pero hace sesenta y ocho años, cayó una tormenta de bombas sobre Nimega.

El conteo que hicieron por la tarde sumó más o menos ochocientos muertos, un récord que la transformó en una de las masacres más fulminantes en la historia de Holanda. En todo caso, e incluso por sobre los muertos, hoy se recuerda el bombardeo porque fue, dicen, un error de cálculo.

Desde allá arriba, entremedio de las nubes, los aviones estadounidenses creyeron que lo que tenían abajo era Gotha, una ciudad alemana que está por

ahí cerca, donde fabricaban los repuestos para los aviones de la Luftwaffe.

Pusieron la ciudad en la mira, cerraron un ojo y dejaron caer doscientas bombas.

Últimamente me he pillado hojeando diarios y revistas en holandés e incluso en frisón. Sobra decir que no hablo bien ni mi propia lengua, pero pese a esa supuesta incapacidad, una y otra vez termino leyendo en un idioma en el que no entiendo una oración completa. Doy vuelta a una página, cruzo las piernas, avanzo con la vista de izquierda a derecha, me concentro en algo que creo reconocer, en algún sintagma ligeramente familiar, y en un momento, como si me tiraran un balde de agua fría, caigo en cuenta de que no estoy entendiendo nada. Entonces dejo el diario que acabo de tomar sobre esa mesita, miro distraídamente por la ventana y, sin quererlo, me descubro reviviendo una sensación vieja y olvidada.

Leer en un idioma nuevo o desconocido es parecido a la curiosidad y el pánico que uno tenía cuando era muy chico y se paraba frente a la profe-

sora —Tante Astrid, en mi caso, una muchacha alemana de poco más de veinte años, que hacía clases en Chile mientras buscaba experiencias místicas en el desierto— para leer una frase que escondía un mundo y que hoy suena muy tonta. Ella me enseñó a juntar letras con un silabario y a descifrar la vida. *Casa. Perro. Mamá.* No recuerdo si era o no difícil. La verdad, lo único que recuerdo de esos años es que la aventurera Tante Astrid dejaba que los niños se mearan en clases si no podían pronunciar correctamente «Darf ich bitte auf die Toilette gehen?»

Ahora que lo pienso, quizá mi mala relación con los baños venga de esa época, pero es solo una teoría que se me acaba de cruzar por la cabeza. Al poco tiempo, quería decir, uno aprende a leer ya no instrucciones prácticas ni libros llenos de jirafas y leones sonrientes, sino cosas inútiles como cuentos y novelas de aventuras. Cuando llega ese punto, creo, es cuando uno en realidad aprende a leer.

Tampoco es que las etapas estén claramente diferenciadas, pero entre el tedio de repetir las lecciones de una clase de castellano y el encanto de leer los primeros libros, hay un abismo gigante que uno

salta leyendo viejas revistas de Mampato. El asunto es que desde hace unos meses, intentando descifrar párrafos escritos en un idioma de piratas y lecheros, creo revivir esa alegría olvidada y detectivesca de develar códigos secretos y de enterarse de historias de las que ningún otro compañero de curso se enteraba porque —ni modo— los libros se leen de a uno.

Había cierta magia irracional en Miguel Strogoff viajando a caballo rumbo a la Plaza Roja de Moscú, o en la rebeldía de Jo frente a la señora March. Los libros, escritos en ese idioma nuevo, de repente eran el único espacio de privacidad real para un niño. Tal vez el único en que era posible rebelarse durante esos años en que los adultos, en la mesa de la cocina y echándole más azúcar al café, veían a Don Francisco reír por la tele.

En cualquier caso, el misterio y el encanto de esas primeras lecturas es que no se entendían del todo. Uno podía leer, claro, pero no había mayor diferencia entre un país inventado y uno real, o entre una psicópata jubilada que vivía en un bosque y una bruja con la nariz torcida. Los argumentos y sus articulaciones —todos los caprichos del género—

también eran invisibles. Cualquier policial de Agatha Christie era siempre un manual para adivinar cómo se lograba el crimen perfecto. Era un mundo nublado, lejano y posible que uno debía ir descubriendo a medida que quitaba ése velo misterioso que eran las letras.

El resto viene muy rápido. Un libro desaparece después de otro y luego vienen las hormonas y más tarde las espinillas y mucho después el fantasma del trabajo, que será parecido a la dictadura de la popularidad adolescente, y a esa altura ya sabemos que nunca volveremos a ser esos niños hipnotizados por un lenguaje nuevo que nos enseñaba el mundo a través de historias perfectas y amenazadoras.

Por eso mismo —y para terminar con esta digresión—, cuando me pillo leyendo diarios en los que no entiendo ni jota, en un tren que a veces me parece todavía más extranjero, descifrando sin suerte oraciones como «ik stel voor dat we de komende weken elke dag het gedicht Aan Rika van Piet Paaltjens lezen. Dat begint met deze regels: Slechts éénmaal heb ik u gezien. Gij waart/ Gezeten in een sneltrein, die den trein/ Waar ik mee reed, passeerde

in volle vaart», sonrío recordando la ferocidad con que Miguel Strogoff, entre el vaso de leche y el pan con mermelada, desenvainaba su sable y atravesaba cabalgando la dura e inagotable estepa siberiana.

No hay fotos ni fotógrafos. Mucho menos *flashes.* No hay turistas. En este recorrido las cámaras son apenas un recuerdo de viejas vacaciones o la recompensa, todavía lejana, que llegará durante el próximo verano.

A la gente se la conoce así, de a poco y sin querer. Todos los martes en el tren que va de Malinas a Roosendaal siempre figuran escondidas las mismas personas. Para descubrirlas únicamente basta entrenar el ojo, como cuando uno era chico y jugaba a encontrar a Wally en un suplemento que traía *El Mercurio.*

Si uno afina la vista, podrá encontrar a un señor pelado de más o menos cincuenta años que lee mamotretos gigantes, muy concentrado, rayando algo a los costados con un lápiz Bic de color azul; un flaco que siempre está vestido de montañista y que

acarrea una bici plegable; una belga que también debe de tener cincuenta años y que viaja vestida con el uniforme de Kiosk; una rubia que antes leía libros feministas y que de repente empezó a mirar series en el computador, y un tipo negro muy alto, que habla francés y que se pasea con un turbante extraño y algo exagerado sobre la cabeza. Con el señor de los mamotretos y con la mujer de Kiosk nos saludamos siempre. No es siquiera un *dag*, sino un leve movimiento de cabeza, que tal vez ni se haga únicamente con la cabeza. Es más bien como si uno apretara los labios sin arrugar la frente y, al mismo tiempo, bajara un poco la vista.

Para los brasileros, escribía alguna vez Luis Chitarroni, el género por excelencia es el lamento. Para los viajeros, en cambio, bien puede ser la paciencia, me digo mientras subo la vista y veo un letrero luminoso que exhibe un «+50» junto a la palabra «Mechelen», que viene a ser Malinas en holandés. Es decir, casi una hora de atraso sobre lo que hay que esperar cuando no hay atraso. Una espera doble. Larga, lenta y doble, como las buenas esperas.

No es raro que el tren venga precedido por un «+5», pero un «+50» es que algo pasó en el camino, que el diablo metió su cola, como decían antes en el campo. En todo caso, esperar es un arte engañoso. En apariencia hace falta poco para dominarlo: pareciera que bastara con cruzar los brazos y apoyarse contra una pared, o esconderse en una sala y ser absorbido por el asiento, siempre incómodo y metálico. Pero nunca es suficiente. Tal como el póquer y el ajedrez, la espera es un deporte psicológico y de largo aliento. Una gimnasia que requiere un entrenamiento especial y doloroso. De hecho, mientras apunto esto y el frío me congela los dedos, caigo en cuenta de que aprender a esperar es entrenarse en los viejos ejercicios monásticos de san Ignacio que invitaban a luchar contra el deseo. A aniquilarlo. Al parecer la única forma de no volverse loco cuando hay que bajar del tren y esperar más de la cuenta es no querer llegar, olvidar a qué íbamos, de dónde veníamos, quiénes somos, dejar que las cosas sencillamente sucedan mientras miramos como un gato por la ventana. Que sea absurdo. Que no importe. No necesitarlo. Que el viaje sea solo eso, un viaje.

Luego es conveniente cruzar los brazos y buscar un poste en el que apoyarse.

Dice el GPS: entre el inicio y la llegada hay 130,1 kilómetros en línea recta. Los trenes, en cambio, recorren esa distancia en 186,6 kilómetros. El tiempo promedio es de tres horas y veinticinco minutos.

Cuando comienza a salir el sol y las nubes grises imitan a esos gansos que migran de un hemisferio a otro, aparecen los conejos. Están en cualquier parte, por supuesto, pero al menos yo los veo siempre al borde del camino. Son muchos. Sobre todo hay grises y cafés. Hacen hoyos redondos en la tierra y saltan y levantan las orejas y se cruzan como conejos y atraviesan una y otra vez, con distinta suerte, la línea del tren.

Dicen que el treinta por ciento de la tierra holandesa antes era agua. Esos campos, que drenan durante años, en un comienzo gracias a los molinos, para expulsar el agua y ganar tierra, se llaman pólders. Hay una pauta muy rígida que indica los pasos

a seguir a la hora de saber si el pólder está listo. En general primero plantan trigo y luego de varios años, cuando la tierra se acostumbra a ser tierra y no agua, a veces son utilizados para construir casas. De todos modos, siempre los primeros habitantes en llegar, los notarios que dan fe del éxito de un pólder, son esos mismos conejos que saltan de un lado a otro y cruzan cualquier frontera prohibida a la hora de encontrar tierra. Nueva tierra.

A todo esto acabo de recordar un viejo refrán que sale a colación cada vez que a los turistas les cuentan qué son los pólders: «Dios hizo el mundo y los holandeses, Holanda.» Ese paroxismo del amor propio y la pedantería no es tan raro. Por alguna razón misteriosa —y que, por cierto, no podría ni me interesa probar—, estoy seguro de que las grandes obras de ingeniería no son más que la demostración empírica de la necesidad de confirmación de quien sea que las haga. Mario Levrero, dicho sea de paso, tenía por ahí una enigmática frase que explica mucho mejor la existencia de los pólders e incluso de Holanda: «La fuerza de los conejos radica en que todo el mundo cree en su existencia.»

La última vez que subí a un avión, en el asiento de al lado iba una señora de esas que viajan con un rosario en la mano. Yo hojeaba con desinterés la revista de la línea aérea, que me enrostraba un montón de viajes que jamás podré pagar, cuando las turbinas comenzaron a hacer ese ruido infernal que indicaba que ya quedaba muy poco para estar en el aire. Entonces, como en un acto reflejo y con toda la naturalidad del mundo, mi vecina apretó con furia el rosario y comenzó a rezar un avemaría tras otro. La escena era aterradora pero revelaba de un paragüazo el gran misterio de los viajes modernos: que sobran turistas y falta un leve y elegante toque de miedo.

Nada de grandes catástrofes, por supuesto, solo el lejano e inevitable aliento de la muerte para recordarnos que viajar alguna vez fue una aventura exótica y un poco salvaje. Porque los viajes actuales, entre tantas revistas como la que tenía en mis manos, llenas de destinos desconocidos y ofertas de última hora, dejaron de lado eso que los hizo famosos y deseables: el olor embriagador de la aventura, de lo desconocido, es decir, la posibilidad imagina-

ria —pero posibilidad al fin y al cabo— de que todo salga mal.

Nadie en su sano juicio quiere terminar las vacaciones dentro de un cajón a tres metros bajo tierra, no hay ni que mencionarlo, pero unas gotas de incertidumbre, por no decir de peligro, pueden hacernos la vida mejor y más fácil. Tal vez el problema es que la industria del turismo, apenas se apoderó de ese gran botín que son los viajes, le extirpó el peligro, la posibilidad de que todo salga mal, la exquisita cuota de misterio que siempre supuso partir hacia un lugar extraño. De hecho, en los últimos treinta años ya se ha instalado el debate que resume el problema: turista o viajero. Que el turista sale a aplanar calles con una Lonely Planet bajo el brazo, mientras el viajero sale sin rumbo a perderse por las veredas de una ciudad desconocida. Que el turista pasea como quien revisa una lista de obligaciones, mientras el viajero se sorprende con las culturas y se mimetiza con habilidad y destreza entre los locales. Más allá de que sea infinitamente entretenido dividir el mundo entre buenos y malos, la lección de mi vecina en el avión —quien, por cierto, siguió

rezando hasta que estábamos bastante arriba— era sencilla y magistral: esa división era ridícula, añeja y antojadiza, pues al final solo hace falta un poco de olor a muerte.

Ciertamente no volverán los años en que el doctor Livingstone, con su bigote frondoso y su cucalón blanco, tomaba un barco y se perdía en un África virgen para descubrir dónde nacía el Nilo, pero los viajes modernos y planificados, probados por periodistas que aseguran su eficacia, muy pronto aburren de lo excesivamente rápidos, higiénicos y estandarizados. Si su vecino vio una calle muy linda en Nápoles, seguro que usted también se puede tomar una foto ahí mismo. Ni las agencias de viajes ni las oficinas de turismo en, por decir algo, Shanghái, nos recuerdan que el peligro existe. Más tarde, y en ese mismo avión, miraba el catálogo con las películas que ofrecían y ninguna recordaba ni lejanamente que lo de Murphy es una ley universal y que las cosas siempre pueden salir mal. Eran comedias, dramas familiares y cintas de acción que de tan descabelladas no tenían ni una escena que las hiciera un poco verosímiles, es decir, peligrosas.

La música, además, era relajante, limpia e inspiradora. Para colmo el tríptico con las instrucciones para el amarizaje, que estaba entre la bolsa de mareo y la revista, era una clase magistral de minimalismo conceptual que ya envidiaría cualquier diseñador sueco.

Al lado de mi vecina, supe que las vacaciones parecen hechas para inmortales. O para que los turistas y los viajeros se crean inmortales. De hecho, cuando Thomas Cook inauguró su oficina turística, que ya en 1863 ofrecía paseos al monte Rigi, en la Suiza alemana, todo su negocio se basaba en el supuesto de que él era un sabio conocedor de esos sitios y que a su lado no había nada que temer. Ni siquiera una avalancha. Que los viajes modernos eran viajes seguros donde la ciencia y la certeza sacaban de escena a los salvajes y, por fin, el mundo se volvía pequeño y accesible.

El asunto, para no desviarme tanto, es que al menos en las estaciones de Nimega y Roosendaal es fácil encontrar afiches con las fotos de los criminales más buscados y con la recompensa que la policía paga por recibir información útil para capturarlos. Suelen ser diez mil o veinte mil euros, dependiendo,

supongo, de la peligrosidad del tipo que aparece retratado. La primera vez que uno se encuentra con esas fotos resulta extraño y es como si uno estuviera esperando el tren en un pueblo perdido del Far West, pero al rato, intentando leer las descripciones de los crímenes, caigo en cuenta de que el mundo siempre ha sido una película de vaqueros. A veces, entre las imágenes, aparecen abuelitas arrugadas y aparentemente simpáticas o, muy por el contrario, tipos que tendrían suerte postulando al *casting* de Jack el Destripador. Casi nunca me entero de lo que han hecho, pero no deja de ser reconfortante viajar así, cerca de un asesino en serie, que puede estar aquí mismo, mirándonos de reojo mientras leemos un libro.

Los baños de las estaciones cuestan cincuenta céntimos en Holanda y treinta céntimos en Bélgica, pero hay que estar loco para entrar a un baño público belga. Los holandeses, en cambio, tienen una fijación con la higiene. De hecho, esos últimos suelen estar más limpios que los de mi propia casa, cosa que de un tiempo a esta parte tampoco es tan difícil.

Quizá las únicas excepciones son los baños perdidos en estaciones fantasmales, como la de Roosendaal. Allí solo hay baños robóticos. Aceptan monedas, uno mea y luego se lavan automáticamente. Lo de lavarse, eso sí, es un eufemismo más que otra cosa. Digamos que están mojados y a veces muy mojados. Tampoco es del todo claro por qué la gente los usa, cuando los trenes y sus baños están ahí mismo, pero de todos modos siempre hay colas. Adentro, un aviso inquietante saluda a los meadores ocasionales: «Luego de 15 minutos y tras el sonido de una alarma, el mecanismo de autolimpieza se ejecutará sin excepción.»

Mear en un tren es fácil, casi natural. Basta con taparse las narices. En un avión, en cambio, nunca será así. Mear suspendido en el aire es mear pidiendo permiso. O perdón. Mear en un tren, en cambio, es sencillo y hediondo. De hecho, hay experiencias lindas. A veces, en vez de tomar el tren que tomo siempre, voy en uno que une Bélgica y Holanda por el sur. Cuando la máquina pasa por Lieja, lo hace a cierta altura, elevada, cruzando

por el medio de una ciudad que por las noches —y en Bélgica casi siempre es de noche— ofrece todas sus ventanas abiertas, porque la costumbre es tenerlas así, con las luces encendidas y las cortinas corridas, y, mientras esos carros rojos avanzan muy rápido, uno puede ver todas esas vidas como dentro de pequeños televisores de cemento, viviendo un *reality show* privado y al aire libre. Así uno los ve cocinar, ducharse, besarse, aburrirse. Y como los baños de esos carros viejos tienen una pequeña ventanilla, uno también puede mear mirando hacia afuera como si Lieja fuera una novela de Perec con un poco de olor a cloro.

Para mi sorpresa, las araucarias que vi hace unos días eran el resultado de una aventura que tomó varios siglos y atravesó un par de continentes. Claro que una de sus mayores gracias es que comenzó en un bolsillo.

Ahora mismo me explico:

Archibald Menzies era un tipo delgado y compungido. Un escocés con cara de estornudo que, según los retratos que hoy cuelgan de un museo mal

iluminado, nunca sobrepasó los setenta kilos y, hasta donde uno puede suponer, siempre llevaba un pañuelo envolviendo religiosamente su cuello. En todo caso, lo que esos retratos son incapaces de revelar a cualquier desprevenido que se para frente a ellos es tal vez lo más importante: que iba por la vida con los bolsillos llenos de cachivaches: relojes, libretas de apuntes, lápices, pasaportes, monedas, hilo de coser, un monóculo, las llaves de su casa e incluso seis o siete piñones de araucaria.

Pero para llegar a los piñones que una tarde de marzo de 1795 bailarían dentro del bolsillo de su chaqueta azul marino, precisamente en medio del salón principal de la casa de Ambrosio O'Higgins, en el centro de un Santiago todavía colonial, es decir, para entender cómo diez minutos en la vida de un botánico escuálido y con ambiciones desmedidas bastan y sobran para justificar su paso a la historia, es necesario armarse de paciencia y contar cómo fue que ese hombre enfermizo, criado en el norte de Escocia, llegó puntualmente a una recepción a la que, todo sea dicho, nunca tuvo intención de asistir.

Archibald Menzies nació en las Tierras Altas de Escocia en 1754, para más señas en un pueblo llamado Weem, cerca de Aberfeldy, en Perthshire, aunque tanto detalle geográfico de seguro está de sobra pues el lugar no era —y hasta hoy todo sigue igual— más que un peladero donde estaba la residencia de la familia Menzies y donde había también un gran e imponente castillo de piedra, que se conserva en un estado más que aceptable y que uno puede mirar desde fuera, con curiosidad pero sin saber hacia dónde apuntar la cámara.

Archibald se crió en alguna casa cercana, de seguro en una localidad llamada Styx, en donde ciertamente fue bautizado el 15 de marzo de 1754, junto con otro montón de Menzies que, según John McCarty, el autor de la única biografía del botánico que pude encontrar, se remontan al menos hasta el año 1200. A partir de los cinco años, Archibald comenzó a ayudar a su padre en el jardín de Sir Robert, quien tenía un ánimo científico que lo llevaba, cada mañana, a medir la temperatura, la velocidad del viento y la presión atmosférica. Sin duda Archibald, que siempre caminaba mirando el suelo —que es

como caminan los buenos botánicos—, debió de causarle una buena impresión al dueño de casa, que en 1768, es decir cuando ya tenía catorce años, lo envió a trabajar junto con su hermano mayor al Real Jardín Botánico de Edimburgo, que en ese momento era el segundo jardín botánico más importante de toda la isla y, en más de un sentido, la demostración concreta del espíritu científico que recorría Europa.

Casi diez años más tarde, y tras estudiar en el Colegio Real de Cirugía de Edimburgo, al todavía joven Menzies lo recibieron con los brazos abiertos en la Marina inglesa. En un comienzo dio la vuelta al mundo en el *Discovery*, como médico de a bordo, y luego se sumó a una delirante expedición de cuatro años en el *Prince of Wales*, buscando nueva flora en las costas del norte del océano Pacífico.

Pero cuando ya regresaban a Bristol después de dar vueltas entre Alaska, Canadá y Estados Unidos, y apenas dejaron atrás las islas Galápagos, como en una de esas películas de misterio, donde todas las casualidades parecen falsas y orquestadas, se rompió un mástil impertinente que venía dando problemas desde que zarparon de California.

John Vancouver era el veterano capitán de la nave y, según cuenta en los diarios que publicó cuando volvió a Inglaterra (*Voyage Of Discovery To The North Pacific Ocean, And Round The World In The Years 1791-1795*), solo quedaba atracar en algún puerto peruano o chileno, pese a que las relaciones entre la corona inglesa y española eran tan tensas que incluso, hacía unos meses, había circulado un comunicado oficial sugiriendo no atracar en puertos controlados por españoles.

El *Prince of Wales*, sin otra opción, llegó a Valparaíso. Según detalla en sus cuadernos, con esa letra delgada y barroca, Archibald pretendía pasársela comiendo y durmiendo. Cuatro años, decía, habían sido muchos. Pero Vancouver, a poco de llegar al puerto, reunió a un puñado de oficiales sanos y les dijo que no tenían muchas alternativas. En jerga inglesa eso quería decir que tenían solo una: arreglar el mástil. Claro que para eso debían conseguir un permiso firmado de puño y letra por Ambrosio O'Higgins, el capitán general.

Las curiosas condiciones de O'Higgins para ayudar a los ingleses incluían que lo fueran a visitar

personalmente a Santiago —ciudad que en sus diarios Menzies siempre anotó como St. Jago—, y que tras una recepción protocolar él mismo se encargaría de disponer todo lo necesario para que el *Prince of Wales* volviera a alta mar. Vancouver temió lo peor, pero no estaba en condiciones de negociar y, por lo mismo, se preocupó de nombrar a un famélico y escorbutado capitán subrogante, por si todo era una trampa mortal, mientras él y otros siete hombres partían en un viaje que duró dos largos días hacia el interior del país.

Para resumir la historia, O'Higgins los recibió en su propia casa, pues no pretendía tenderles una trampa sino conversar en inglés. El señor de rizos blancos y peluca bien cuidada echaba de menos su lengua. No quería más que escuchar ese acento que probablemente recordaba en sueños y tomarle el gusto otra vez a la ironía con que sus antiguos compatriotas contaban anécdotas apenas se emborrachaban. Todos rieron, tomaron vino y comieron como capitanes generales durante los cinco días que tomó la visita.

En uno de esos banquetes ocurrió el milagro: un hombre vestido de camisa blanca y chaqueta ne-

gra, como muchos otros que daban vueltas por ahí, con una bandeja en la mano, pasó ofreciendo piñones de araucaria. Eran comunes y corrientes, de seguro traídos por algún comerciante desde los alrededores de La Frontera, ese terreno prohibido que separaba Chile del Wallmapu. El escocés tosió casi por compromiso, como solía hacer cada vez que estaba nervioso, y probó uno. Luego otro.

A la mañana siguiente, cuando la delegación inglesa se marchaba, Archibald lo hacía con un bolsillo lleno de piñones. Un par de días después, desesperado por la curiosidad de saber cómo sería el árbol que saldría de ellos, plantó las semillas en los maceteros que guardaba en un entrepuente que, para ese momento, ya tenía otras ciento treinta y siete especies recogidas durante el viaje.

El ciclismo consiste en escapar de la rueda trasera. En pedalear y pedalear a ver si de una vez por todas uno la deja atrás mientras el viento nos golpea la cara.

En cualquier caso, una cosa es andar en bici y otra muy distinta es correr en serio, básicamente

porque la belleza es esquiva y siempre le hace el quite a lo que sea que huela a profesionalismo. Ahí tienen a esos flacos en mallas fosforescentes, o al menos muy chillonas, pedaleando con rabia y fe junto al tren, en ciclovías largas y delgadas, mirando siempre hacia abajo, formando figuras un poco ridículas que se mueven hacia adelante y eventualmente hacia los costados, sin una forma fija. Como algunos pájaros que, con colores bastante más sobrios, van y vienen durante el verano.

A los ciclistas se los puede encontrar sobre todo en la frontera que separa Bélgica de Holanda. Tim Krabbé, un escritor que muy tarde —después de los treinta años— intentó ser ciclista profesional, contaba que a esa frontera se terminaban mudando los muchachos holandeses, delgados como algas, que pretenden hacer carrera sobre dos ruedas.

En Holanda, dice, apenas hay montañas y correr en bici se hace muy fácil: se necesita un pichintún de vuelo para avanzar kilómetros y kilómetros sin que las piernas tiriten, pero más abajo, en la frontera, ya aparecen pequeñas cuestas y tentativas de cerritos, que en Valparaíso no serían más que un

sitio plano, pero acá esos dementes envueltos en *lycra* los suben y bajan como quien, después de lavar kilos de piedras bajo el sol inclemente del desierto, encuentra oro.

El tren que sale de Roosendaal hacia Nimega, casi como todos los trenes locales, tiene un vagón silencioso. Dice «Silentie» y la idea es ir en silencio. Sin hablar. Mucho mejor si uno no se mueve. Al comienzo parece chiste, pero a medida que pasa el tiempo y la mente holandesa se vuelve explícita a través de esos detalles, uno cree entender que la ley lo puede reglamentar todo y quisiera que el tren entero tuviera grabada la palabra *silentie* sobre cada una de las ventanas, y así dar vueltas a las páginas del diario o mirar el paisaje con cara de pavo. Es una aspiración hermosa precisamente por lo ingenua. Por lo mismo, más temprano que tarde, siempre aparece alguien hablando a grito pelado como para recordar que el derecho se funda en la costumbre y no al revés.

Según Walter Benjamin, y apelando a no sé qué tradición oral alemana, el desayuno es el mo-

mento en que se quiebra el sueño y comienza la vigilia. No sería la ducha ni una afeitada rápida —ni menos el acto siempre torpe y somnoliento de vestirse a tropezones— lo que quebraría el ritmo y el escenario lánguido del sueño. Salir de casa a la rápida y con el estómago vacío implicaría —en algún sentido que no me termina de quedar del todo claro, pero da igual porque aún es muy temprano— no romper con el inconsciente ni dar por iniciado el día, como si esas primeras horas fueran un continuo estado alfa, nada más que una extensión del sueño. La idea de Benjamin, vista en retrospectiva, no parece tan extraña cuando uno recuerda esa nube de vapor caliente y revelador que golpea la cara cuando, por las mañanas y con un sueño tan pesado que se confunde con el frío, uno sopla con esperanza sobre esos ridículos vasos de cartón.

Algunas mañanas, cuando voy al trabajo, subo por una calle delgada que pasa frente a una hilera de bares que aún tienen las luces prendidas, como si la noche fuera un estado mental más que otra cosa. En general esa ruta no es fácil, pues hay que hacerle el

quite a las botellas rotas y a los muchachos que recién vienen saliendo de alguna fiesta y que ríen en medio de la calle, junto a niñas lindas que también van de vuelta a sus casas cuando el resto —y el resto es uno— sale a trabajar temprano. A veces una pareja está en la esquina, abrazándose medio borracha, y ella le agarra el poto y le da un beso y se quedan mirando con los ojos tan abiertos, tan jóvenes, mientras uno avanza en bici sin poder detenerse a adivinar cómo terminará la escena, aunque el final de una noche de amor, ciertamente, nunca esconde tantos misterios como el comienzo.

Me quedé pensando. Transcribiré los nombres de los criminales más buscados. Uno nunca sabe: Vivian Johnny Neslo (veinte mil euros), Piotr Zegers (quince mil euros), Annie Vande Lanotte (cinco mil euros), Mahamadou Djatys (veinte mil euros), Sharif Korz (doce mil euros), Karim El Mahdi (doce mil euros).

Junto a mí, en el asiento, siempre va una mochila negra y adentro dos calzoncillos, el computa-

dor, tres calcetines, dos poleras, el libro de turno, una camisa, un yogur de mora, un sándwich, una agenda, el teléfono, un lector de libros electrónicos, un reproductor de mp3 lleno de *podcasts* chilenos y, durante los inviernos, un polar azul. Por lo general, al lado de la mochila también va una bolsa de género que esconde un impermeable negro, una bufanda o un almuerzo.

Boortmeerbeek es un pueblo enano.

Claro que para ser mínimamente justos también podríamos decir que es un pueblo insignificante. Una de esas villas que parecen infernales y solitarias, uno de los muchos caseríos perdidos que hay en el Brabante Flamenco. No son más que un par de casas, casi todas grandes y con patios que parecen potreros, repartidas en un punto indefinido, en un pedazo de bosque húmedo y tupido, entre Lovaina y Malinas.

Dos veces por semana el tren se detiene en esa estación.

No son más que un par de minutos en los que no pasa nada. Es muy simple: uno se queda ahí den-

tro, mirando un andén vacío, de tierra, que tiene una triste fila de arbustos que lo separan de la calle y una pequeña caseta de cemento por si se larga a llover. No hay boleterías ni afiches publicitarios ni parlantes que anuncien la llegada o la salida de los trenes.

Boortmeerbeek, sin embargo, tiene una historia que nadie recuerda.

Es así: el último tren que pasaría aquel 23 de julio de 1944 por Boortmeerbeek lo haría desde Malinas. Debía hacerlo después de las nueve de la noche y sería aparentemente un tren de carga, pero en realidad llevaría a mil seiscientos judíos belgas rumbo a Bergen-Belsen.

Era el convoy 20.

Pero tres tipos espinilludos, que todavía no cumplían veinticinco años, tenían un plan. Esperarían a que el tren pasara justo frente a Boortmeerbeek y entre los rieles, justo en medio del bosque, pondrían una lámpara a parafina cubierta con un celofán rojo.

Era un plan perfecto.

O eso les parecía a ellos, que se llamaban Georges Livschitz, Robert Maistriau y Jean Franklemon.

La luz rojiza, como pudieron comprobar gracias a la oscuridad cerrada del bosque, se expandía con facilidad. En ese momento cada uno tomó su posición.

Esperarían.

El resto es un curioso pie de página en los libros de historia: el conductor detuvo la locomotora, prendió la radio para pedir instrucciones y averiguar qué significaba esa luz que estaba en el camino, cuando tres fusileros aparecieron de la nada, con sus rifles prestados por la resistencia de Bruselas, y dispararon a los guardias mientras uno de esos tres muchachos corría desde el fondo del bosque para abrir cuantas puertas alcanzara.

En ese momento, como si por unos segundos ese pueblo fuera un estudio de Hollywood, saltaron ciento cincuenta o doscientas personas. Se dejaron caer, rodaron por el bosque, e incluso más tarde, durante el resto del camino, aún en Bélgica o incluso en Alemania, otros cien lograron aguantar la respiración y esconderse en alguna parte del campo.

Los alemanes disparaban sin saber muy bien hacia dónde apuntar, mientras que los fusileros los veían

sin problemas, como un blanco fácil y nocturno, puestos en evidencia por esa luz roja que iluminaba un tren detenido entre un montón de árboles. Desde allá adentro, en cambio, apuntaban sin mucha suerte, hasta que después de dos o tres minutos muy largos y transpirados, el tren siguió andando a toda máquina, y dejó atrás el inocente pueblo de Boortmeerbeek.

Hoy no puedo escribir. El vagón va lleno de españoles y me da vergüenza que lean lo que escribo. Hasta el momento estos apuntes intermitentes han sido un ejercicio privado más o menos extranjero, rodeado de tipos hablando en una lengua llena de zetas y jotas, que tal vez entienden lo que escribo pero que mantienen intacto el simulacro del viaje por tierras lejanas. Claro que con un vagón lleno de españoles, la pantalla del computador delata y el simulacro cae poco a poco. Y siempre les he tenido tanto miedo a los delatores como a los simuladores. Así que cierro el computador.

A los españoles les gusta repetir que Bélgica, hace una tracalada de años, fue española. Es curioso.

Lo dicen con un orgullo que delata la inferioridad que sienten frente a los belgas y los holandeses. Cuando hablan de América, en cambio, lo hacen con cierta vergüenza, es decir, desde lo alto de la soberbia.

Utilidad pública: hay un tramo del viaje en el que nunca revisan los boletos y en el que, por lo mismo, se puede viajar gratis. Es el que va de Malinas a Amberes en el HiSpeed. Como recién se subió mucha gente en Bruselas y lo volverán a hacer un par de kilómetros más al norte, en Amberes, los boleteros se reservan el paseo para la siguiente parada.

Son extrañas las biografías de los escritores. Bueno, en realidad pienso en esas que van en las solapas, las que intentan explicar quién escribe un libro. Tampoco es que sean completamente extrañas, por supuesto, pero sí resulta llamativo que muchas de ellas, muchísimas, incluyan las ciudades en donde ha vivido el tipo que firma ese libro. Como si viajar, pensarán los redactores de solapas —los solapistas—, fuera parte de su trabajo o como si aún

estuviéramos en pleno siglo XVIII y todo viajero fuera en una buena medida un sobreviviente.

La historia es engañosa porque solo existen versiones orales que nunca coinciden del todo, pero la leyenda estándar, por decirlo de algún modo, o a la que puede acceder uno desde el asiento de un tren, asegura que mucho antes de que llegaran los extranjeros a las orillas del Biobío, allá en el sur de Chile, un invierno blanco y feroz bajó de la montaña matando animales y quemando hectáreas completas. Un Armagedón de hielo borró de un sopetón todo lo que estaba alrededor de Lonquimay, que era donde vivían los pehuenches —antes incluso de llamarse pehuenches—, justo frente a un volcán gigante y un poco triste, que hasta el día de hoy tiene la boca nevada. Sobre esa misma nieve, y después de que se vieran acorralados por el invierno, partieron expediciones en busca de comida. Quizá lo de expediciones sea un poco exagerado. Seguramente eran solo pehuenches hambrientos. Muy pocos volvieron, sobra decir que sin ningún éxito, excepto uno. Uno solo. El gran salvador que, dependiendo de la

versión que escuchemos, se encontró con un viejo sabio que vivía allá arriba en la cordillera, un hombre arrugado y oscuro que parecía estar de lo más contento entre los hielos y la nieve. Según él los piñones del pehuén, esos árboles grandes que abundaban en los bosques, salvarían a todo su pueblo, en un milagro que no deja de parecerse a la multiplicación de los panes y los jarrones de vino. Y así ese joven que salió en busca de comida volvió entre pumas y pudús con un montón de piñones que el resto de la tribu comió agradecida. En ese momento se transformaron en el pueblo del pehuén, es decir, en los pehuenches.

A los niños, me contaba una vez un amigo, les gusta escuchar siempre la misma canción, o ver siempre la misma película, porque a diferencia de los lectores de novelas policiales prefieren la seguridad, el terreno plano y conocido. Nada que tenga sorpresas ni sobresaltos. Ignoro si sea cierto, pero esa misma quietud, por ejemplo, permite ficciones como la que sucede cuando el revisor pide los boletos o pregunta si uno sabe en qué andén hay que

cambiar. En ese momento uno responde en un holandés aprendido de memoria, con algo de orgullo, fingiendo que lo domina, cuando en realidad solo sabe un par de frases hechas que no sirven más allá de ese terreno repetido y acolchado como una canción infantil.

La línea invisible que une Lovaina y Nimega por lo general se recorre sobre tres trenes. Primero un viejo IC belga de color gris que va de Lovaina a Malinas, luego un HiSpeed pintado de muchos colores que va de Malinas a Roosendaal y finalmente un Intercity de color azul, que puede tener dos pisos o uno, que va de Roosendaal a Nimega. También hay veces, sobre todo en los trenes del mediodía, en que una serie de viejos vagones de la ÖBB austríaca hacen el recorrido del medio.

La primera clase es un misterio insondable, tal como John Edgar Hoover, el antiguo director del FBI, decía que era el alma rusa. Aunque nunca he puesto un pie adentro —o tal vez por lo mismo—, el paisaje en primera me resulta extranjero. Casi pro-

hibido. Con suerte los vagones tienen las luces prendidas y van dos o tres viajeros allá adentro, tipos ocupados y serios, que usan impermeables planchados y de un color café muy claro. O al menos oficinistas concentrados en tareas más importantes que las de uno. Supongamos que a veces también leen el diario. No uno gratuito, sino uno respetable, de esos que traen noticias importantes y muy pocas fotos. A veces pienso en ellos. En qué se piensa cuando se piensa en cualquier cosa viajando en primera.

Yo no la elegí, sino que Lovaina me escogió a mí. La idea, por supuesto, es falsa y liberadora y por lo mismo, apenas puse un pie en ella, no me quedó más que creerla a ojos cerrados. Tenía veinticuatro años y no sabía quién era y pretendía descubrirlo paradójicamente en una ciudad famosa por sus curas y sus monjas. Quizá lo que sí sabía era que no tenía planes de trabajar en serio y que la academia me parecía lo más fácil y seguro para pasar la vida sin sobresaltos. Doy por hecho que no tenía idea de lo que hacía, pero ahí estaba, en una ciudad que varias veces al año huele a cerveza y que parece

sitiada por ejércitos de estudiantes borrachos y de inmigrantes que esperan a ver si algún día los dejan de mirar con sospecha.

Ese año, cuando supe que mi vida no pasaría ni por la academia ni por las ciudades de curas, viví en un segundo piso que se tambaleaba armónicamente cada vez que pasaba un auto por debajo. Cuando le arrendé la pieza a una simpática terrateniente que era dueña de buena parte de J. P. Minckelersstraat —así se llamaba la calle, en honor al supuesto inventor de la ampolleta—, no reparé en que quedaba sobre un paso a desnivel por el que se llegaba a un pequeño estacionamiento. Digamos que vivía sobre un peaje y a esa pieza, que fue la más barata y la menos claustrofóbica que pude encontrar, llegaba a dormir durante esos primeros días de septiembre, en los que hacía un calor fuera de lo común, justo después de pasar las tardes con Tony, un italiano con el que hablábamos en una lengua franca que aún no existe y que mediaba entre el español, el italiano y el inglés, y Aila, una turca de Ankara, que no dejaba de saltar de bar en bar mientras nosotros intentábamos saltar en su cama.

Nos conocimos como se conoce la gente de veintitantos años: sin saber muy bien cómo, escondiendo inseguridades, deseando no estar solos, y sin quererlo comenzamos a pasar las tardes en una hilera de bares que están en el Oude Markt, según los belgas, el bar más largo del mundo, tomando cervezas fuertes y oscuras y riéndonos con pocas ganas, pues los chistes no son chistes hasta que el idioma en que los cuentan pasa a ser el propio. Pero con Tony nos reíamos y soñábamos con Aila, y supongo que ella ya comenzaba a soñar que se deshacía de nosotros.

En ese momento, Lovaina todavía era una ciudad desconocida y completamente nueva. Ignoraba que tiempo después volvería a vivir en ella, pero mucho más quién era el presidente o qué partido gobernaba. Ese año me dediqué a viajar y a escribir para diarios chilenos y a pedir libros prestados en la biblioteca pública y, en resumen, a sacar la vuelta, pero sobre todo a viajar con la turca y el italiano adonde fuera que los pasajes no costaran más que una semana de comida.

De ese modo, dedicado a calentar el último asiento de un bus roñoso, descubrí que los viajes

esconden sorpresas que nunca tienen mucho que ver con el lugar que ansiamos visitar sino con nuestras propias fantasías. No es nada raro. Siempre han dicho que los viajes cambian a las personas y que muchos de ellos valen incluso como pruebas de autoconocimiento y de no sé qué otros delirios místicos con olor a incienso, pero nosotros no teníamos un lado espiritual ni madurábamos ni descubríamos alguna verdad oculta, sino que ansiábamos salir a mirar el mundo —o al menos una parte—, y ahí afuera, en medio de él, caíamos en cuenta de que lejos de casa dejábamos de ser quienes éramos, y cambiábamos no al modo de Hulk cuando se enfurece y se transforma en un monstruo grande y verde, sino levemente.

El párrafo de recién, como habrán notado, quedó bastante fofo porque no me atreví a decir lo que pretendía. Según Roland Barthes la literatura debe dar lo íntimo, no lo privado. Y creo a rajatabla en eso —y en casi todo lo que dice Barthes—, pero en este caso me confundo y ya no sé si esto es privado o íntimo, pero el asunto es que también viajábamos porque solo así nos lográbamos acostar con Aila.

Las reacciones inesperadas y las costumbres siempre tan distintas hacen que viajar acompañado, incluso de amigos o familiares, tienda a ser una muy mala idea. William Hazlitt, un tipo al que leí mucho durante esos años, decía que lo mejor siempre ha sido ir de paseo sin más compañía que la billetera y una muda de ropa. Las ciudades, según él, se disfrutan mejor de a uno porque siempre es difícil caminar y hablar al mismo tiempo, y porque si vamos al campo no hay nada mejor que vegetar como los vegetales. Pero a los veinte años uno es irremediablemente terco y no le obedece ni a su propia sombra. Y ahí nos tenían, a los tres, yendo de un lugar a otro.

La mente, nos enteraríamos durante esos días, desvaría con personalidad en el extranjero, tal como si viajar supusiera una anormalidad para la que el cuerpo no está del todo preparado. Fuera de casa, por ejemplo, Tony se descontrolaba y se volvía particularmente optimista e hiperactivo y yo parecía su abuela, una señora gorda y peluda, que a gritos le aseguraba que en cualquier momento iba a morir atropellado o atorado por culpa de ese cuesco de

durazno que no se animaba a escupir. Aila hacía todo lo contrario. Se quitaba su *hiyab* y miraba el mundo con los ojos grandes, casi sin decir nada, como si ya fuera invisible, porque precisamente no hay un juez más severo que la mirada atenta de los vecinos y los padres.

El síndrome de Stendhal, en psiquiatría, lleva el nombre del escritor francés porque en su diario de viajes por Italia relata una anécdota que tiene un poco que ver con esto. Stendhal paseaba por Florencia, como un turista más, cuando un monje lo dejó entrar a la basílica de la Santa Cruz, que en ese momento estaba completamente vacía. Entonces el escritor se arrodilló en un banco y tuvo un extraño arrebato místico: todo se movía a su alrededor y sentía que estaba a un paso de desfallecer por culpa de tanta belleza junta. «Había alcanzado ese punto de emoción en que se encuentran las sensaciones celestes inspiradas por las bellas artes y los sentimientos apasionados. Saliendo de la Santa Cruz, me latía con fuerza el corazón; sentía aquello que en Berlín denominan nervios; la vida se había agotado en mí, andaba con miedo a caerme.»

Casi ciento trece años después, una psiquiatra de la asistencia pública florentina —una ciudad de pedantes, diría Tony, que arrugaba la nariz cada vez que se refería a cualquier cosa que quedara veinte metros más al norte de Palermo— escribió un libro llamado *El síndrome de Stendhal*, donde resume ciento seis casos de turistas que durante una década fueron ingresados a urgencias tras sufrir brotes psicóticos en museos o galerías. Su diagnóstico decía que por lo general eran mujeres solas y muy sensibles, personas impresionables, ligeramente solitarias y entregadas al deseo de descubrir algo nuevo y hermoso, mucho mejor si era una experiencia irrepetible. Gente que juraba que el turismo —o al menos el arte— les podía salvar la vida.

En Jerusalén, por cierto, tienen el síndrome de Jerusalén, que funciona más o menos parecido, pero ligado a delirios místicos y religiosos. Personas que llegan en peregrinaciones y entran en trance y creen ver a la Virgen o a Mahoma, o a quien sea que se les aparezca, y sencillamente quedan de una pieza. París también tiene su síndrome, por supues-

to. Lleva el nombre de la ciudad y, a diferencia del resto, se trata de un colapso generalizado frente a la amplitud y el descaro de la ciudad, que se traduce en este caso en delirios de persecución o incluso en una agorafobia curiosa, como si la ciudad los excediera y el cuerpo se rindiera frente a sus calles grandes, pintorescas y aburridas.

De cualquier modo, todo este rodeo es porque de seguro aún faltan varias tipologías de delirios asociadas a los viajes. Algunas bastante más mundanas y sencillas, como la de una pareja que se desespera e improvisa una pelea gratuita frente a un idioma inentendible, o el padre que se larga a llorar sobre un bus por la impotencia de estar lejos de casa y no poder hacer nada para remediarlo.

Al final es cosa de abrir bien los ojos para confirmar que la civilización termina en la frontera de nuestro pueblo. Una amiga a la que creía conocer bastante bien me sorprendió al dejarme botado y partir a las no sé cuántas de la mañana junto a un mesero en Buenos Aires. También vi familias insultarse con odio sin que ninguno de ellos supiera del todo qué pasaba, sencillamente porque nadie se so-

porta en territorios extranjeros, expuestos a ese coctel de fragilidad que entregan los idiomas raros y, para colmo, la presión de hacer bien y rápido las conversiones monetarias.

Ese año en que los tres viajamos de un lado a otro, las cosas entre nosotros cambiaban solo fuera de casa, como más tarde pelearía con mi mujer cada vez que mi histeria nos pillara lejos del comedor. Supongo que ha quedado claro que acá no se resolverá ningún misterio, pero síndromes asociados a los viajes de seguro son muchos más que el puñado que ya existe y se presentarán de nuevo, sin siquiera avisarnos, apenas salgamos otra vez de paseo.

Ayer encontré esta cita en el blog de Eduardo Berti:

«A propósito de una catástrofe ferroviaria. Agnès: "Hemos querido abolir las distancias, pero ellas se toman venganza."»

Dice que está sacado de *Chaminadour*, un libro de Marcel Jouhandeau, un tipo al que ciertamente no he leído jamás.

Durante el marasmo de un domingo a la hora de almuerzo llegamos a Il Picantino, un restaurante italiano —siciliano— al que somos fieles cuando nos acordamos. Al rato figuro masticando un pedazo de pizza con espinacas, que es lo que hago cada vez que pongo un pie ahí, y escucho a María decir que hay pruebas científicas que demuestran que el lunes es el día con mayor probabilidad «de que haga bueno». Y justo mientras ella se defiende de las risas del resto, lo veo del otro lado de la ventana. No debería estar ahí, pero va bajando por Drie Engelenberg con las manos en los bolsillos, como si nada extraño pasara. Es el tipo que en el tren lee manuscritos grandes y escribe con su lápiz azul comentarios a los costados. Creo que había una película de ciencia ficción parecida, donde a una gran máquina se le cruzaban los cables e inventaba mundos imposibles e invertidos. Así, encontrarse con este tipo de un suácate, fuera de todo contexto, es tan raro como ver la foto de un desconocido comiéndose las ciruelas que tenemos en el refrigerador de nuestra propia casa.

En este tren solo recuerdo dos conversaciones lo suficientemente largas para clasificarlas como conversaciones. La primera fue más o menos desde Den Bosch hasta Roosendaal, con un holandés delgado y nervioso que se dejó caer como un bulto sobre el asiento del frente. Era un tipo de más o menos treinta años, que hacía preguntas personales y llevaba la conversación, al parecer conscientemente, hacia ninguna parte. Al comienzo supuse que me quería vender drogas y luego de responderle un par de monosílabos me dio la impresión de que estaba un poco loco. Después de despedirme, ya en el andén de Roosendaal, pensé que su estrategia era buena y que me había robado algo. Era evidente. Revisé con desesperación mis bolsillos y mi mochila, pero mis cosas lamentablemente estaban intactas.

La segunda vez fue hace un rato. Conversaba con una inglesa que tenía que llegar corriendo de Utrecht a París para tomar otro tren que, esa misma noche, la dejaría hipotéticamente en el centro de Londres. Lo de hipotéticamente es necesario aclararlo: pasado mañana, al menos mientras escri-

bo esto, es Navidad. Y mañana los trenes decidieron hacer una huelga. El asunto es que la inglesa, que aún debe de estar sentada en los asientos fríos de Bruxelles-Midi, no va a llegar. Es imposible. Siendo optimista necesita al menos varias decenas de minutos que nadie le regalará, ni siquiera en estos días tan blancos y llenos de tiendas decoradas con una pila de cajas bien envueltas. Además afuera ya está oscuro y helado y ella apuesta por subirse al último tren. Yo, como viene siendo costumbre, no me atreví a decirle que no llegaría, que era imposible, que lo mejor que podía hacer era pasar la noche en Bruselas y salir a comprar chocolates mañana por la mañana. En cambio fui un poco cruel y le aseguré que iba con el tiempo justo, que no fuera tan fatalista. Y mirando cada cierto tiempo su teléfono a ver cómo iban los trenes, me contaba que trabajaba en Holanda y que no le gustaba viajar en avión. Su historia, por lo demás, no tenía mucho misterio. Estudió economía en alguna universidad del norte de Inglaterra y después de un par de años encontró trabajo en un banco de La Haya. Supongo que le ofrecieron un sueldo que

uno nunca tendrá y se fue a instalar allá. También sospecho que en días como este, en los que la distancia y los sindicatos se ríen de la modernidad, ella se arrepiente un poco de su decisión y tal vez hasta se siente sola y un poco ridícula. Era una morena de ojos grandes y que pese al estrés sonreía intermitentemente, como si en realidad no quisiera pasar la Navidad con su familia. Quizá debí acompañarla hasta el andén, ya en Bruselas, y luego levantar los hombros en señal de resignación, con falsa sorpresa, justo después de maldecir a los maquinistas.

Reviso apuntes viejos y creo que me faltó el corolario: las pequeñas araucarias que plantó Menzies en el buque, crecieron durante el viaje y meses más tarde fueron trasplantadas a los húmedos suelos de los Kew Gardens, el jardín botánico de Londres. Allí, por supuesto, siguieron creciendo frente al asombro de los visitantes. Con el tiempo, los árboles se reprodujeron y adquirieron una fama insospechada, sobre todo a fines del siglo XIX, cuando se volvieron muy cotizados y terminaron en los patios

de miles de jardines, e incluso en la costa de Dover hoy figura un pequeño bosque de araucarias, tal como los que se pueden encontrar en Coñaripe. Muchos años después, eso sí, en la década de los sesenta del siglo XX, alcanzaron su cumbre como signo de refinamiento botánico.

En cualquier caso, a poco de llegar a Inglaterra, el pehuén, como le dicen los mapuches y los pehuenches al árbol, pasó a llamarse *monkey puzzle tree*, algo así como árbol puzle del mono, que es como se lo conoce popularmente hasta el día de hoy. La historia de ese curioso nombre, al menos cuando me la relató la muchacha que hacía las visitas guiadas en el jardín botánico de Edimburgo, una rubia delgada y algo histérica, no deja de tener gracia: poco después de 1910 y cuando la araucaria ya era un árbol con cierta fama dentro del círculo de los jardineros vanguardistas, el dueño de un gran vivero pensó que para vender más araucarias no sería una mala idea encaramar a un par de monos de cola larga, traídos quién sabe de dónde, en las afiladas ramas del árbol. Y eso hizo, por supuesto. No hay que ser muy creativo para suponer que

los animales, en ese vivero que quedaba cerca de Brighton, terminaron con las extremidades rotas, mientras el hábil negociante aseguraba que la araucaria tenía esas ramas tan distendidas porque eran el hábitat natural de los chimpancés del sur de Chile, quienes eran los encargados de bajar los piñones, desde la copa del árbol, para los holgazanes indios chilenos.

Mi ética es tan pobre que uno de sus puntos altos es no dormir en el tren. No lo he hecho nunca. No me imagino haciéndolo. Me gustaría, eso sí, poder estirar las piernas y cerrar los ojos con un libro sobre la guata, respirando muy hondo y a veces roncando fuerte, como víctima de un espasmo descontrolado, únicamente para joder y que el resto de los pasajeros me mire con odio y un poco de envidia. La ilusión de dormir durante el viaje, me digo, es que uno siempre se podrá saltar el sufrimiento. Que se borrarán el tedio y el tiempo. Solo que a veces, pasándolos por alto, uno también pierde lo mejor.

La vida, a fin de cuentas, es como pelar una alcachofa.

En esta ruta he perdido un gorro de lana verde, otro café y un libro de Bora Ćosić. No es un mal récord. Una vez dejé la mochila completa con este mismo computador y un par de calzoncillos sucios adentro, en el carro que seguía hasta Bruselas. Apenas me cayó la teja corrí patéticamente por el andén, con gritos y moviendo mucho las manos. Me subí de un salto a cualquier vagón, avancé muy rápido entre los asientos, y lo recuperé todo. Sigue sin ser un mal récord.

Estaba tan aburrido de ducharme cuando suena el despertador, que apenas salí de vacaciones me transformé en un tumbado. Y en ese momento, encerrado en casa, muy lejos de los andenes y de las horrendas corbatas de moda, descubrí el fascinante y algodonado mundo del pijama, que por cierto no solo es el antónimo de la productividad y del movimiento —acaso del capitalismo tardío—, sino el embajador de la perfección.

Permítanme bostezar antes de contar una historia que viene bastante a cuento: en la universidad tuve un profesor de filosofía muy delgado y católico

que aseguraba que la clave de la perfección estaba en la ausencia de movimiento. La idea, que repetía con su voz nasal, era muy simple. Todo lo que requiere moverse es imperfecto porque, claro, necesita algo. Por eso se mueve. Ni modo. Y si Dios era perfecto, sobra decirlo, no necesitaba moverse porque no necesita nada.

Su tesis resultaba doblemente verosímil si uno imaginaba a Dios como un tipo gordísimo, barbudo, vestido con una impoluta toga blanca y sentado en una silla de esas grandes que ocupan los jueces. Además, y casi de rebote, ese joven profesor confirmaba que todos los adictos al gimnasio, aquellos que hacen de la transpiración una forma de felicidad, no son más que seres altamente imperfectos.

Como ya sospecharán, desde que estoy de vacaciones no me he quitado el pijama y mis niveles de perfección han aumentado estratosféricamente, pese a que mi mujer me mira con una cara de reproche que ya se va transformando en resignación. Creo que le cuesta entender que la filosofía del pijama, de tan simple, parece oriental. La gente prudente y educada, le digo, asegura que no se trata de to-

mar partido por esa vieja y liberal oposición entre vida pública y privada, sino, como decía Aristóteles y más tarde Hannah Arendt, de saber escoger entre la vida activa y la contemplativa. Activamente, por ejemplo, uno podría salir y caminar. Abrirse al mundo, llenarse como un ansioso poeta peripatético de experiencias y emociones. Por otro lado, uno bien podría bostezar y estirarse otra vez más sobre la cama. Pero la virtud, dicen los filósofos que han pensado bastante en el tema, no estaría ni en la una ni en la otra.

Desde que me tumbo en cada sitio que me resulta blando y acogedor, lo de recién me parece una canallada. Eso de ser una persona prudente y transitar como un equilibrista entre la vida activa y la contemplativa, suena a política tibia y biempensante. Uno que se mueve como un maratonista para ir al trabajo, lo único que quiere es vivir echado sobre una cama. De ser posible, bien lejos de cualquier *flâneur* de última hora o de esos intelectuales románticos que creen que para pensar hay que salir a caminar y recorrer ciudades, perdiéndose en callejones oscuros y descubriendo cómo la ciudad y sus

tiendas —ay, déjenme tomar un poco de aire— les revelarán el sentido de la vida.

Entonces, paseando en pantuflas de la cocina al comedor y del comedor a la cama, que es por donde he caminado durante estos días, rascándome la barba que mágicamente comenzó a crecer como si la acabaran de liberar, descubrí que el problema del mundo moderno —guerras y crisis económicas incluidas— no es más que el exceso de movimiento. Ya lo decía Pascal: «Toda la infelicidad de los hombres viene de no saber quedarse quietos en una habitación.» Y eso que él jamás puso un pie dentro de una oficina de Recursos Humanos, ni llegó a escuchar los discursos envueltos en la retórica agramatical del *management*, que avanzan como un ejército de hunos hambrientos dispuesto a aniquilar la perfección y a su enviado en la Tierra, es decir, al pijama.

Según Wikipedia —ni lo piensen, no me levantaré a contrastar otra fuente—, la palabra pijama viene del persa پایجامه y significa algo así como «prenda para las piernas». Esos mismos sabios enciclopédicos dicen también que en Occidente se usa

al menos desde hace doscientos años, más o menos desde que los ingleses comenzaron a tomar té en Asia. Vista con distancia, la historia del pijama y la vida contemplativa parece una comedia llena de malentendidos. Porque desde los tiempos en que los habitantes de Atenas gastaban las tardes mirando tragedias incestuosas y al menos hasta que Descartes se puso unas pantuflas para estar más cómodo frente a la chimenea, el ocio gozó de una reputación brillante y acaso noble, pero nunca tuvo un uniforme a su altura. Un tipo ocioso era un buen hombre, uno preocupado de temas importantes, pero que dentro de su clóset nunca encontró un pijama.

El mexicano Rafael Lemus, en un ensayo contra los demonios de la vida activa, apuntaba que «para las generaciones futuras el término *ocio* será tan incomprensible como para nosotros la palabra *sobrepelliz*». Tras buscar en el diccionario, me enteré de que el sobrepelliz era un cobertor de túnicas muy inútil que usaban los monjes. Los mismos, por supuesto, que hubieran dado la mitad de sus guatas por un buen pijama de algodón, mientras uno se tiene que encerrar como un criminal —o un mon-

je— para lucirlo orgulloso. Porque es cosa de hacer un experimento muy sencillo para descubrir que un buen vecino que sale en pijama a las dos de la tarde a botar la basura es mirado de reojo, con sospecha, como si su pijama fuera una ofensa al Corán de la productividad y él un exhibicionista que debe esconder esa prenda pudorosa. Durante siglos, podría apostar, las grandes ideas vinieron al mundo envueltas en una camisa de dormir y no atrapadas entre corbatas y trajes de dos piezas que, dicho sea de paso, a cualquier humano normal le quedan particularmente incómodos.

Los catálogos de ropa, por ejemplo, insisten en que el pijama es para descansar durante los fines de semana o, en el peor de los casos, para tomar desayuno un sábado por la mañana, idealmente con una mujer hermosa a nuestro lado. Ni que lo digan: todo puede ser peor. Hace un par de semanas, antes de inaugurar este gran *pijama party* en el que se han convertido mis vacaciones, caminaba por el centro cuando vi la publicidad de una tienda de ropa. Eran dos modelos, una mujer particularmente voluptuosa y un hombre que, al menos en teoría, podría usar un

traje de dos piezas, echados sobre la cama, en pijama, mirándose con la misma cara con que, en mis ratos de ocio, imagino las piernas de la vecina del 307.

Si diseccionáramos los sesos del publicista que firmaba ese catálogo, descubriríamos que para él ni el pijama ni la cama pueden ser inútiles, porque el capitalismo no soporta algo que no sirva para nada o cuya única utilidad sea escarbarse la nariz con calma y dejar que el mundo avance mientras nosotros pensamos en la inmortalidad del cangrejo. Y como la verdadera utilidad del pijama está en ayudarnos a alcanzar la perfección, es decir, a no hacer nada, el capitalismo suele reaccionar con un súbito dolor de muelas. Para ese joven publicista, la cama es sinónimo de descanso, y el pijama el envoltorio que uno se quita antes de arrancarle la ropa a esa mujer de rasgos eslavos que aparece sonriente en la publicidad. Así, a vista y paciencia de todo el mundo, en plena calle, el pijama queda despojado de la épica ociosa e inútil que uno descubre apenas se exilia puertas adentro.

Como toda prenda que se precie de tal, el pijama también es opinable. De hecho, jamás me he

puesto uno de esos de dos piezas, con una chaqueta de franela y un pantalón a rayas. Esos me recuerdan a un avejentado Hugh Hefner abrazando a sus conejitas de Playboy, pero hay que reconocer que sus bolsillos a los costados y ese aire formal, al menos hacen pensar que uno se puede pasar la vida entera dando instrucciones desde la cama. Ahora son más deportivos y sugerentes, claro. Por no hablar de esas cosas minúsculas que venden a ver si las mujeres pescan un resfrío. Por eso, en nombre del ocio, pónganse lo que les quede más cómodo, estiren las extremidades y vean como la vida pasa por delante de sus ojos.

Un viejo dicho, a todo esto, asegura que la gente justa muere en paz, durmiendo en medio de la noche. Es decir, en pijama. Casi tal como llegamos al mundo. Porque el primer vestido, a los minutos después de nacer y recién golpeados en el culo por un médico, es lo que durante el resto de nuestras vidas conoceremos como pijama. Y si son buenos, ese mismo pijama también puede ser el último. Si son malos, siempre existe la poco elegante posibilidad de morir en un accidente de trenes o, mucho

peor, trabajando. Aunque Dios, si realmente fuera tan barbudo y tan perfecto, les debiera permitir a todos morir en pijama y rascándose el ombligo, pero ese es otro tema.

Sin ir más lejos, la costumbre de guardar el pijama bajo la almohada y no junto al resto de la ropa, es reveladora y tal vez valga como síntoma de ese vicio que es salir a la calle. El pijama es una mala influencia. Les enrostra a los apóstoles del progreso que todas las torres que construyen no sirven para nada porque luego viene la noche, y la noche se parece mucho a la muerte. Por más que corran y suban peldaños, por más afeitados que anden, por más aplausos que consigan, la vida es muy irónica y nos dejará a todos igual, con los pies por delante y sin nada que hacer.

Quizá ahí esté el gran misterio. Quizá por eso no sea de buena educación salir a recibir a las visitas en pijama, tal vez por eso haya que usarlo en posición horizontal, tal y como si fuera una extensión de la cama. Pero no insistiré más en esta digresión. Llegó otra vez la hora de tumbarse como un tronco entre las sábanas.

Hay cosas que permanecen siempre ocultas, y puede que sea mejor así. El velo, dicen, inventa el misterio. Si se oculta algo, eso de seguro vale la pena y contrasta con nuestra vida diaria, que por lo general es tan aburrida. La puerta cerrada del conductor, imposible de abrir, de un acero grueso que recuerda a un submarino de Julio Verne, esconde un lugar que uno no conocerá nunca. Un sitio tan prohibido como el sexo con los compañeros de trabajo o dejar que los niños jueguen con fuego. El único lugar en todo el tren, por lo demás, donde los andenes y el paisaje se ven de frente, como quien maneja un auto.

A uno, en cambio, le queda la vista lateral y pasiva, que es un premio de consuelo extraño en el que se mira como los lenguados, así, de lado, como si el viaje en tren fuera una foto en dos dimensiones y no el juego de PlayStation, lleno de aventuras y siempre en primera persona, que de seguro tienen del otro lado de esa puerta.

«He observado cierto olor a bigotes. En ningún otro sitio huelen los cafés a bigotes», Baudelaire sobre Bélgica.

Lejos de la seriedad que abunda en las bibliotecas grandes y sobrepobladas, la mochila parece un oasis de prudencia y recato.

Entremedio de calcetines y reproductores de mp3, la novela que llevamos de paseo vuelve a ser un objeto hojeable, olfateable, un ejemplar solitario para matar las últimas horas del día, que ahí, escondido en la mochila, se desentiende de pesadas tradiciones que, para ser franco, no permiten viajar tranquilo.

Casi oponiéndose a la filosofía invisible de las bibliotecas, la mochila de un lector, más que dejar en evidencia sus grandes intereses o acaso sus deudas históricas, revela las obsesiones de turno: la novela a medio terminar, el conjunto de ensayos que desde hace semanas tiene un marcador en la página 159, o esos libros de poesía que resultan ideales para leer camino al trabajo porque pesan muy poco. Y por más que intenten lo contrario, en una mochila nunca encontrarán grandes reflexiones ni frases para el bronce porque los libros no están ahí para ventilarlos sino para robarle horas al día. Para matar el tedio. Lo único que se puede hacer en un viaje, a fin

de cuentas, es leer e intentar dormir. La mochila, por lo mismo, es un mundo a medias, alejado de la academia y las corbatas. Podría apostar a que si los libros tuvieran memoria, sus días más felices serían los que pasaron ahí dentro, moviéndose de un lugar a otro, a medio leer, rompiendo la rutina soporífera que los deja muy quietos y exhibiendo su lomo en un estante.

Además, como la mochila es el antónimo perfecto de la biblioteca, su apariencia cambia con la misma rapidez con que uno se aburre y, al llegar a casa, ya piensa qué otro libro podría meter allí dentro. Si Beckett decía que para entender a un personaje uno debía adivinar qué llevaba en los bolsillos, tal vez se podría decir algo parecido de un lector empedernido: mirando su mochila, o el maletín que lleva al trabajo, no descubriremos quién es ni qué prefiere, sino su estado de ánimo.

Una mochila, además, se permite todo el desorden y el caos que una biblioteca despreciaría. Las instrucciones de Melvine Dewie para imponer cordura y orden sobre una gran colección de libros, a una mochila le resultan irrisorias y ajenas, pues las

novelas y los ensayos sencillamente están ahí: para ser descubiertos, para hojearlos o para subrayar una frase que más tarde olvidaremos.

En alguna entrevista, Fogwill decía que no tenía biblioteca porque regalaba los libros. Los leía y luego encontraba a alguien que pudiera darles una segunda vida, ahorrándose así la molestia de ordenarlos y coleccionarlos, uno después de otro, hasta que inevitablemente se transformen en una muralla demasiado grande e infranqueable. Supongo que esa misma, más o menos, debe de ser la ética de la mochila.

Sobre los rieles que van de Lovaina a Nimega se puede leer: *El secreto de Joe Gould, Entrerrianos, El portero y el otro, Una habitación en Holanda, Breves apuntes de autoayuda, Elizabeth Costello, La tierra prometida, Un trago antes de la guerra, Calle de las tiendas oscuras, Bouvard et Pécuchet, El verano sin hombres, El frente ruso, Libertad, Al pie de la escalera, The Collected Writings of Joe Brainard, En la belleza ajena, El mapa y el territorio, Se acabó el pastel, Celos, 222 patitos, Lennox, Extra lives, Mi perra Tulip, Rápido, antes de*

llorar, The Portable Charles Lamb, Horla City y otros, Las cascadas, Correr tras el propio sombrero, Desubicados, El ladrón de orquídeas, Monkey Puzzle Man, La escuela del aburrimiento, Una habitación desordenada, Las encías de la azafata, Ensayos de Elia.

Ahora mismo un abejorro golpea la ventana del tren. Insistentemente. Quizá qué pensará que hay acá adentro.

En todo el viaje no hay montañas. Ni una sola. Ni siquiera un monte. A la gente de estos lados les fascinan las montañas por su exotismo. Aunque los exóticos son ellos, claro, pero las echan de menos cuando entrenan los ciclistas o cuando a los niños les explican que existen formaciones geológicas raras, que no están en su país y que crecen verticalmente. En Flandes, cuando cumplen más o menos diez años, a los niños los llevan en bus a conocer las montañas, que en una de esas les parecen montañas de piedra. Suele ser al sur de Alemania o a Suiza. Es un viaje en el que este año murieron veintiséis niños. Casi todos eran de Lovaina. El choque del bus

salió en las noticias con una insistencia pornográfica y la ciudad, durante días, estuvo con banderas a media asta y aparecía una y otra vez en la portada de los diarios. Ayer volvía a casa y, cuando pedaleaba por el centro frente a una montaña de flores blancas que estaba a los pies de la catedral, todo parecía doblemente absurdo.

Escribir sobre trenes siempre bordea lo cursi o lo siútico. Aunque uno lo evite, el asunto termina oliendo a naftalina o a romanticismo alemán, que viene a ser más o menos lo mismo. Mi consuelo —porque no es más que eso— es que estas digresiones realmente no son sobre trenes sino sobre viajes.

Y mejor: sobre viajes repetidos; por lo mismo ni siquiera es un libro de viajes, porque en ellos siempre se descubren cosas nuevas y desconocidas, y acá todo es calcado, tal como un mantra o un libro con rezos y canciones de misa.

Un apunte antes del final del día: lo del olor a naftalina es exagerado. O injusto. Al menos a mí ese olor a insectario me recuerda la infancia y en

particular los clósets de mi abuela y una luz amarillenta y cierta excitación zoofílica al mirar desde la ventana de la cocina, durante las vacaciones, y ver a lo lejos los animales del zoológico. Juraría que desde ese departamento se veía una jaula con monos, pero tal vez me lo invento y era otra menos popular, porque la memoria de los niños al final es una memoria heredada, de juguete. Lo que no me invento —porque lo tengo grabado en medio del hipotálamo— es el olor de esas pequeñas bolas blancas de naftalina: hediondas, misteriosas, penetrantes.

Un momento de pánico: de repente, cuando el tren se mete en el túnel de la estación de Amberes, se escucha un ruido. Fuerte. Acelerado. Electrónico. Intermitente. De pronto alguien se para y mira hacia el fondo a ver qué pasa. Morir así es triste y absurdo. Pienso en ella. Suena más fuerte y tal vez más rápido. Imagino la foto. En ella mirando la foto. La típica imagen que aparece en todos los diarios después de los accidentes: dos policías dándole la espalda a la cámara, un cordón de plástico ama-

rillo aislando el lugar, restos metálicos esparcidos por un campo verde y calmo. En lo único que pienso antes de morir, ahora que he estado a punto, es en ella. La gente se mira durante un segundo. Alguien más se levanta. Espero una reivindicación política. Algún grito desesperado en un idioma inentendible. Apenas el ruido desaparece —porque lo hace de golpe—, saco el computador de la mochila y escribo esto.

Ayer, durante el viaje al trabajo, me dediqué a contestar correos, pero me quedé atorado en uno. Resulta que Brigitte, una amiga que no veo hace un tiempo y que estaba en no sé qué parte de México, se despedía mandándome un beso.

No lo pude evitar, claro, y me imaginé dándole un beso a Brigitte, en medio de El Zócalo, y al rato, cuando me tocaba responderle, no supe cómo hacerlo. Enviarle un beso de vuelta, sin dudas, daba a entender que no solo había recibido el suyo, sino que se lo correspondía. Es decir, que conscientemente nos relacionábamos a besos, en un área excepcional y exclusiva, pues a nadie le envío besos

por correo, mientras que contestarle con un «abrazo» era negarle a todas luces el beso, y a una mujer como Brigitte —por si no lo saben, lo adelanto— eso no se le niega jamás.

Firmar secamente con «saludos» durante mucho tiempo fue mi estrategia favorita, pero en ese caso significaba alejarme aún más de su boca, que en algún sentido era lo que pretendía hacer, pero siempre he sido de los que si tienen que recibir a un ladrón en casa lo hacen con galletas y una taza de té, y por lo mismo me quedé ahí, mirando ese correo que no lograba terminar.

Enviar «saludos cordiales», por ejemplo, siempre me ha parecido de lo menos cordial. Esos saludos vienen empaquetados al vacío y sin una gota de sentimientos ni dedicación. Parece una fórmula medida e hipoalergénica, quizá demasiado peninsular —todo lo que suena inexplicable y exótico viene irremediablemente de alguna provincia española— y que se escuda en una frase hecha en un laboratorio que todos debiéramos leer con una mano en el corazón, pero que en realidad subraya que somos dos desconocidos.

Por otra parte, hay gente —aunque para ser justos lo he visto únicamente en mujeres, pero daré el beneficio de la duda— que termina los correos con un «cariños», que gracias al plural adquiere una dimensión física algo perturbadora. El cariño, así, en singular, uno lo entiende como una muestra de afecto y acaso como una filiación fraternal, que contrasta con su plural, «cariños», que suena a hacer cariños, como si uno fuera un enfermo terminal que tiene una mano conectada a un catéter. Casi todo lo contrario, por cierto, del vendedor de seguros que en un arrebato de confianza, que media entre el *scam* y el acoso sexual, al primer correo se despide con «abrazos», así, en plural. En esos casos, sobra decirlo, soy implacable y contesto con mi insulto favorito: «saludos cordiales».

Otras veces me he topado con hombres —en este caso siempre han sido hombres, pero le otorgo el beneficio de la duda incluso al gato cuando se mea en mi sillón favorito— que hacia el final del correo se desdoblan mágicamente y terminan con un «te saluda» y luego, de un modo muy teatral, su nombre. La primera vez que me encontré con una

barbaridad así pensé responderle con un «te bendice», cosa que por cierto no hice porque siempre he sido muy cobarde.

Eso sí, hablando de rarezas, también hay escritores —nuevamente: solo lo he visto en escritores, pero ya conocen mi generosidad— que usan el correo como chat y escriben hacia abajo, con frases cortas, sin puntos seguidos, y a veces ni firman ni se despiden, como si Gmail fuera una evolución darwiniana del lenguaje hablado frente a la barra de un bar.

En fin, así se me pasó el viaje, mirando la pantalla del computador y pensando si enviar o no un beso de vuelta.

Vuelvo a leer *Asesinato en el Orient Express.* Miro con sospecha a los costados.

Mientras ella calienta la comida y el microondas gira sobre su propio eje, salgo a comprar cervezas e inevitablemente pienso en la muerte. Hago lo mismo cuando un tren pasa soplado frente a otro o cuando solo quedan asientos libres en el vagón de

adelante. A veces todo parece tan frágil que por las noches la abrazo como si fuera un gato de esos que tienen siete vidas.

La estación de trenes en Amberes (Antwerpen-Centraal), donde el tren se detiene cinco o seis minutos, fue construida durante la década que va del 1895 a 1905, por un tipo de bigotes muy cuidados llamado Louis Delacenserie. Hace poco estrenaron un documental sobre ese edificio. Aunque puede que no sea un documental, sino sencillamente una película extraña sobre la estación de Amberes, que pasa de la oscuridad absoluta del subsuelo, por donde hace unos días corría una familia de ratones, a esa luminosidad antigua que hay bajo la gran cúpula. El otro atractivo de la primera estación que construyeron en Bélgica es el zoológico que está a un costado, con jirafas, monos y osos polares que parecieran esperar el tren. Hay tardes, más de las que quisiera, en que pierdo la conexión y quedo tirado una hora en Amberes, sin nada que hacer. En esos casos tomo un café, salgo con resignación a la calle y miro la entrada del zoológico, con estatuas de ca-

mellos y águilas que observan desde arriba, sin piedad y con menosprecio. Los zoológicos son tal vez la demostración más evidente del ánimo desmesurado del siglo XIX, que llenó un continente de líneas ferroviarias, papel de diario y animales exóticos. Ese aire científico que lo contagió todo siempre ha sido más encantador e ingenuo que la ideología economicista que llegó más tarde. De eso nadie tiene dudas. Lo verdaderamente científico siempre necesita kilos de una curiosidad infantil e irónica que obliga a maravillarse con los detalles, a querer saber más y a llegar más lejos y, sobre todo, a dejarse bigotes y barbas que hoy, incluso en la estación de Amberes, parecen cómicos y un poco ridículos.

Durante el viaje otra vez respondo correos. Ocho o nueve. Tengo tiempo por delante así que lo hago con calma.

Uno de ellos, eso sí, no es para mí. La historia es un poco extraña, pero acá va:

Con el paso de los años y con una frecuencia que hoy me asusta, he recibido correos electrónicos destinados a Georg, Günther, Gloria, Gerardo y

otro montón de Maier que tienen nombres de pila que empiezan con ge y a los que no he visto ni en pintura. Lejos de mi escasa popularidad, la culpa la tiene mi dirección de correo electrónico, que lleva la inicial de mi nombre seguida del apellido. Así, un par de despistados que no terminan de aprenderse su nueva dirección, han pasado años dándoles mi correo a corredores que vendían casas en Canadá, a una abuela que quería reunirse con sus hijos en Australia o a un grupo de *floggers* argentinos que organizaban una fiesta de Año Nuevo.

Últimamente me limito a mirar con cara de pavo las boletas electrónicas que me llegan por una suscripción a *Living & Fishing* o la invitación para el bautizo de Sandra Maier, pero hubo un tiempo en que no era una mala persona y respondía casi todos los correos equivocados. No era gran cosa. Dos o tres líneas en las que explicaba que el Maier al que buscaban no era yo. Así, después de casi una década desde que abrí la cuenta en Gmail, nunca he intercambiado correos con Georg, pero sí con su madre y sus hermanos y, casi sin quererlo, he estado al tanto de una gran fiesta que hicieron en alguna

ciudad austríaca y de lo que les costó —literalmente, me enviaron la boleta— la remodelación del baño. Alguna vez uno de sus hermanos, casi en la mitad de la noche, me mandó una foto en donde aparece junto a Johnny Depp afuera de algún bar californiano, y otro, hace muy poco, me decía que el año que viene debiéramos volver adonde sea que pasó el verano. Los *floggers* argentinos, eso sí, dieron un paso más y hace menos de un año me escribieron para invitar a otro Gonzalo Maier a una fiesta en un pueblo perdido del interior, cerca de Santa Fe, precisamente en su honor y para celebrar que acababa de salir de la cárcel.

Creo que hay una novela de Paul Auster donde un tipo levanta el auricular del teléfono y descubre que alguien llama a un detective privado sin notar que tiene el número mal escrito. Tras tomárselo con un poco de humor, el protagonista acepta el encargo y en ese momento ya todo deja de ser interesante porque esas cosas solo suceden en las novelas y, como decía ya-no-recuerdo-quién, después de los treinta años ningún hombre de bien debiera leer novelas.

Más allá de adivinar qué hubiera sucedido si llegaba a la fiesta de esos *floggers*, lo aterrador de tener un doble y conocer a un tipo que vive más o menos con tu nombre o tus iniciales, suda un olor extraño y medio satánico, casi como si nos confirmaran que la historia es al revés y que nosotros somos los dobles de ellos y que nuestras sospechas nocturnas son ciertas y no le importamos un carajo a nadie y que nos iremos rodeados del mismo silencio que hay en este vagón. Los gemelos, por ejemplo, siempre hablan con un tono profético de las conexiones espirituales que los unen, y quizá esa aura misteriosa sea la única forma de soportar al otro que le roba la cara y las fechas de las celebraciones. A mí me roban el correo electrónico, que no es gran cosa, pero aun así resulta tentador reclamar en voz alta el nombre de uno como si fuera realmente propio, como si la promesa del capitalismo individualista no chocara de frente con esa hermandad cósmica que está allá afuera, tan dispuesta a demostrar que todo se borrará y que nuestros caprichos son intrascendentes porque casi no existimos, y que nos convertiremos en polvo y flotaremos eterna-

mente quién sabe dónde, perdidos frente al telescopio de un astrónomo, que enfoca con un ojo cerrado y otro abierto.

En fin, en esto mismo pensaba recién, mientras miraba la orden de comida que ayer encargó Günther Maier por Mjam.at. Pero ya no lo hago como antes y ahora no le aviso a nadie de que se equivocaron de correo, sino que acepto con resignación ser el *voyeur* de un desconocido que con mi correo electrónico, un jueves por la noche, encarga dos hamburguesas de 400 gramos y una botella de champaña.

En mi viaje no hay boleterías, solo *tickets* impresos en casa. Doy por sentado que para los aficionados a los trenes la discusión habrá sido larga, aburrida y calcada a la del libro electrónico.

Hay un grafiti del Feyenoord FC clavado en la frontera. Es casi en el momento exacto en que el pitido constante de los celulares indica que se echó a andar la cobertura internacional. El rayado no tiene mayor gracia y ofrece en grandes letras el nombre

del equipo de fútbol más popular de Rotterdam, una ciudad a la que se llega por este mismo camino, pero para la que aún faltan varios minutos. Está en un muro de ladrillos y junto a un par de vacas que religiosamente pastan por ahí cerca. El rayado, más que cualquier otra cosa y para usar el lenguaje de las fotos, sin querer revela lo difícil que es encontrar un grafiti futbolero en las paredes de Bélgica. Hay unos que dicen «Vlaanderen vrij», otros intraducibles hechos por grafiteros que juegan al misterio o que firman con sus iniciales grandilocuentes, pero no hay del Anderlecht ni del Brugge ni de cualquier otro equipo de fútbol. Y así, casi sin quererlo, el tren anuncia que ya va cruzando la frontera.

El arte de desnudarse se juega en el ritmo y en el orden de los factores, que sí altera el producto: primero la bufanda, luego la chaqueta, más tarde el *sweater*. Claro que esto último depende de la época del año y de la escuela a la que uno se adscriba. Algunos parten por el abrigo, quitándole dramatismo a la desnudez. En verano o primavera otros se quitan el impermeable y algunos derechamente la

polera o incluso los zapatos. Pero independientemente de la época del año, lo primero que hace cualquier viajero respetable es quitarse la ropa. Aunque sea una miserable prenda. La razón última del estriptís ferroviario es variada y va desde el cambio de temperatura hasta que hace unos minutos muchos venían andando en bici. Así, la ley de vestirse por capas, tal como los montañistas, tiene como contraparte la de desvestirse por capas, que a veces obliga a tipos como uno a mirar de reojo, con el interés insólito del practicante de una nueva ciencia que se instala justo en medio de la antropología y el voyeurismo.

Encargué el libro de Marcel Jouhandeau por The Book Depository. No tenía más cuentos sobre trenes.

En el tren que cruza la frontera hay un carro, al modo de los que empujan las azafatas en los aviones, que pasa vendiendo café y cosas para comer. No es muy exitoso y los vendedores, mujeres u hombres que al parecer no se repiten nunca, ofrecen

comida envasada mientras avanzan echando un vistazo rápido a cada uno de los pasajeros. Esa mirada leve e interrogativa me inquieta. Trato instintivamente de concentrar la vista en otro punto, casi como esos niños que creen que tapándose con un paño se volverán invisibles. *Está, no está.* Pero a veces no lo consigo y me veo obligado a hacerle un gesto con las cejas, como diciendo que lo siento, que no quiero comprar nada. Luego miro con vergüenza y un poco de culpa por la ventana.

Georges Perec, que sabía mucho de burócratas y escritorios, alguna vez predijo que tanto avance tecnológico permitiría «concebir oficinas sin oficinas donde todo —o casi todo— podría tratarse a partir de un teléfono y de un terminal de ordenador conectado donde sea». Más allá del acto de futurología —revista *Vogue*, 1981—, Perec ya intuía como las oficinas comenzaban a derretirse de a poco, lentamente, para terminar convertidas en una cocina americana con un computador al lado de un plato vacío y rodeado por unas solitarias migas de pan.

Hoy, por supuesto, resulta difícil imaginar el

trabajo reducido a un espacio bien delimitado y claramente establecido, con una línea que lo separe del resto de nuestra vida diaria, donde el hogar huela a hogar y el trabajo a archivadores, pantalones color caqui y litros de tinta. Supongo que sobre todo para eso que llaman las profesiones liberales, la oficina de repente desapareció, se esfumó como las buenas e inesperadas ideas que a veces se nos cruzan en el supermercado y nos abandonan a su antojo. Sin darse cuenta, uno se sorprende abriendo el computador en cualquier parte y entablando relaciones emocionales con luces verdes y rojas que aparecen a un costado de Gmail, mirando de reojo un café recién inaugurado no por lo bien que preparan un cortado, sino por la mezcla perfecta entre el wi-fi y esos sillones grandes y gordos, o escribiendo contra el reloj sobre un tren helado como si ahora incluso el viaje —¡el miserable viaje!— fuera parte del trabajo.

El aburrimiento merece más luces. Al menos en estos apuntes en donde cada espacio en blanco vale como un bostezo.

Descubro una novela. Una de la vida real.

Pero sin querer, por supuesto, que es como se descubren las cosas importantes.

En Londres, al final del viaje y contra lo que tenía planeado, tuve una tarde libre y me pillé sacando la vuelta en Hoxton, sin nada concreto que hacer, perdiendo el tiempo como suponía que lo iba a perder, cuando en un arrebato naturalista y un poco demente decidí tomar el metro y partir a ver las araucarias que están en los Kew Gardens.

Durante un par de meses estuve obsesionado con la historia de cómo esos árboles llegaron a Europa y, en particular, con la mente de Archibald Menzies, un hombre del que no se ha escrito casi nada. Me pareció una buena idea dejar la ciudad y viajar en el tiempo y, en medio de un bosque, levantar melancólicamente la vista hacia los piñones de esos árboles que viajaron en el mismísimo bolsillo de Menzies hace casi doscientos años.

La historia de la araucaria me parecía lejana y exótica, y por esos días para mí la literatura significaba eso mismo. Media hora más tarde me vi pagando la entrada y me colé en ese mundo de árboles,

viveros de cristal y plantas carnívoras. Allí dentro el viejo dicho de Churchill —«los hombres de bien tienen dos ocupaciones: la guerra y la jardinería»— cobraba sentido, mientras un aire de respetabilidad nos rodeaba a todos los que esa tarde paseábamos de un lado a otro, mirando pequeños carteles que sonaban a trabalenguas en latín.

No fue difícil encontrar las araucarias, que en realidad —y como era de suponer— parecían calcadas a cualquier otra. Y como no se me ocurrió qué más hacer, puse las manos en los bolsillos de la chaqueta y fingí mirar algo, un punto perdido entre las ramas, un poco para matar el tiempo y otro poco para que no se notara que me había arrepentido de cruzar la ciudad para ver un simple árbol.

En ese momento apareció ella. No recuerdo su nombre, pero digamos que se llamaba Mary. Mary llevaba una chapita con su nombre, precisamente para que a uno no se le olvide. Mary además tenía el pelo teñido de negro, más de cincuenta años y trabajaba en los Kew Gardens. Paseaba, supongo, sin una ruta fija, respondiendo preguntas e indicando dónde estaban los cactus o los robles americanos,

hasta que de repente se quedó a mi lado, suspiró y dijo «Monkey puzzle tree». «Araucaria araucana», le dije de inmediato, retrucando. Sonrió y me dijo «Sí, Araucaria araucana».

Yo, que creía haberlo leído todo sobre el árbol, le conté el cuento de Menzies y de dónde venía el ejemplar que teníamos frente a nuestras narices. Pero apenas di por terminada mi cátedra, Mary me miró con cara de *qué hombre tan pedante* y me dijo que la historia de la araucaria no era ni tan naturalista ni tan ilustrada como yo la contaba, sino que también parecía una novela policial de esas con un final inesperado.

Las semanas siguientes, por supuesto, las gasté buscando en libros viejos y confirmando que lo que ella decía era cierto.

Porque lo era.

Llegado a este punto podría resumir la historia o contar con lujo de detalles cómo me obsesioné con ella, pero mejor la resumo.

Dice así: Menzies llegó de Valparaíso con las araucarias, las plantó en los Kew Gardens y esos dos ejemplares murieron un poco por capricho o por

nostalgia en 1823. Otros dos, sin embargo, sobrevivieron más al norte, en las casas de algunos aristócratas que las pusieron de moda como elementos decorativos, pero para esa fecha ya eran un par de árboles perdidos y sin ningún futuro.

Entonces apareció en escena William Lobb.

O mejor: William y Thomas Lobb, aunque el primero es el verdadero protagonista de esta historia.

Los hermanos Lobb eran cazadores de plantas exóticas, mercenarios de la botánica, que trabajaban para la riquísima familia Vecchius, que vivía ahí mismo, en el centro de Londres. El trabajo de los Lobb, como el de muchos otros boinas negras del Reino Vegetal que aparecieron durante el siglo XIX, era recorrer el sudeste asiático o las costas de Florida en busca de especímenes tan raros como las orquídeas fantasma. En realidad, salían a la caza de cualquier planta que ayudara a confirmar la reputación de los Vecchius como los coleccionistas más dementes e irresponsables del mundo, que es como se juzga, por supuesto, a los buenos coleccionistas.

Y en 1840, en su primer viaje al sur del mundo —hubo otro en 1845—, cuando en una oficina

mal iluminada todavía no se proyectaba la ocupación de la Araucanía, los dos hermanos Lobb, de los que no hay retratos ni buenas biografías, atracaron en Río de Janeiro, luego bajaron a Buenos Aires y, junto con sus mulas, cruzaron la cordillera de los Andes por el paso de Uspallata hasta llegar a Valparaíso. Tenían cuatrocientas libras para gastar durante un año, la ropa llena de polvo y un manual titulado *Daily Food for Christians*, para no terminar comiendo cualquier basura.

Durante un tiempo intenté escribir esta historia como una novela de época y no como estos apuntes inútiles y dispersos, pero a las dos horas me cansé de jugar al hipócrita porque nada me aburre más que las novelas históricas. Doy por hecho, eso sí, que al llegar a Valparaíso pidieron ayuda a alguno de los ingleses que tenían bares y locales en el puerto, muchos de ellos marineros que no volvieron más a la isla, y partieron esta vez hacia el Wallmapu.

Hasta ahí llega lo cierto. El resto son especulaciones y en una de esas pura mitología.

Los Lobb, y en particular William —dentro de sus múltiples logros, por cierto, destaca la glorio-

sa introducción de la pasiflora en Europa—, no eran serenos caballeros de letras, sino hombres de acción. Tras un par de semanas largas y agotadoras, en las que iban junto a sus mulas, adentrándose lentamente en ese terreno que de seguro les parecía desconocido y salvaje, llegaron a Temuco. En las afueras de la ciudad cargaron varios sacos con piñones y secuestraron un par de árboles ya crecidos —en *Seeds Of Fortune: A Gardening Dynasty*, Sue Shepherd cuenta que los Lobb juntaron tres mil semillas y algunas pequeñas araucarias que subieron a un barco y enviaron directamente a Londres—, para cruzar luego a la isla de Chiloé y, poco más tarde, partir de vuelta a la capital inglesa, donde la araucaria, ahora sí, se reproduciría con la facilidad de los conejos y se transformaría en el chiche de moda, en el árbol del momento, en una señal inequívoca de elegancia y sofisticación botánica.

Esas araucarias y no las de Menzies, me dijo Mary, eran las que esa tarde tenía justo al frente.

Reconocí a Vivian Johnny Neslo (veinte mil euros). Fue en Roosendaal. Tenía hambre, entré a

la estación y lo vi ahí: haciendo la cola para comprar un kebab de esos que venden frente a la boletería. Parecía esperar con paciencia, como un ciudadano respetable, y llegado su turno pidió uno común y corriente, pero insistió en que lo quería sin cebollas. De hecho, segundos después lo masticaba a treinta o cuarenta metros de su propia foto en blanco y negro, junto a esos mismos carteles en donde la policía ofrecía mucha plata por «pistas eficientes para su captura».

Desde la otra esquina de la estación, envuelto en mi abrigo negro, lo miraba de reojo, un poco asustado y otro poco temiendo que un inocente se sintiera intimidado por mi mala memoria visual. El asunto me resultaba tan claro como el agua o como ese dineral que me permitiría dejar de repetir, al menos por un tiempo, el viaje eterno que va de Lovaina a Nimega. Pero el miedo a equivocarme pudo más. O tal vez era una jugada muy peligrosa para un miserable burócrata que va y viene del trabajo.

Lo cierto es que me quedé escondido tras un diario, mirando con precaución, a ver si me entregaba otra pista, por mínima que fuera, con tal de

confirmar mis sospechas y salir a buscar a un policía. Pero al poco rato terminó su kebab, se limpió la boca con una servilleta y yo tuve que caminar de vuelta hacia el andén.

Vivian Johnny Neslo: no pueden negar que su nombre suena a un canto de sirenas.

PAISAJES NARRADOS

PAISAJES NARRADOS, 58

¿Qué sucede en los tiempos muertos? La vida, responde el narrador de este curioso libro. En sus constantes idas y venidas del trabajo, en el trayecto que media entre Bélgica y Holanda, un chileno encuentra aventuras mínimas que desafían la rutina. Así, descubre la historia de un antiguo árbol sagrado que viajó desde el sur de Chile hasta convertirse en un objeto de decoración europeo, reflexiona acerca de la importancia de los conejos para el paisaje holandés, no duda en dedicarle una enérgica y desopilante apología al pijama e incluso medita acerca de cómo despedirse en los correos electrónicos. Irónico, fragmentar y digresivo, *Material rodante* reúne las disquisiciones de hombre perplejo que cruza una y otra vez la frontera con la pa simonia de quien sale a la esquina a comprar el pan.


editorial minúscula

ISBN 978-84-943539-3-2

